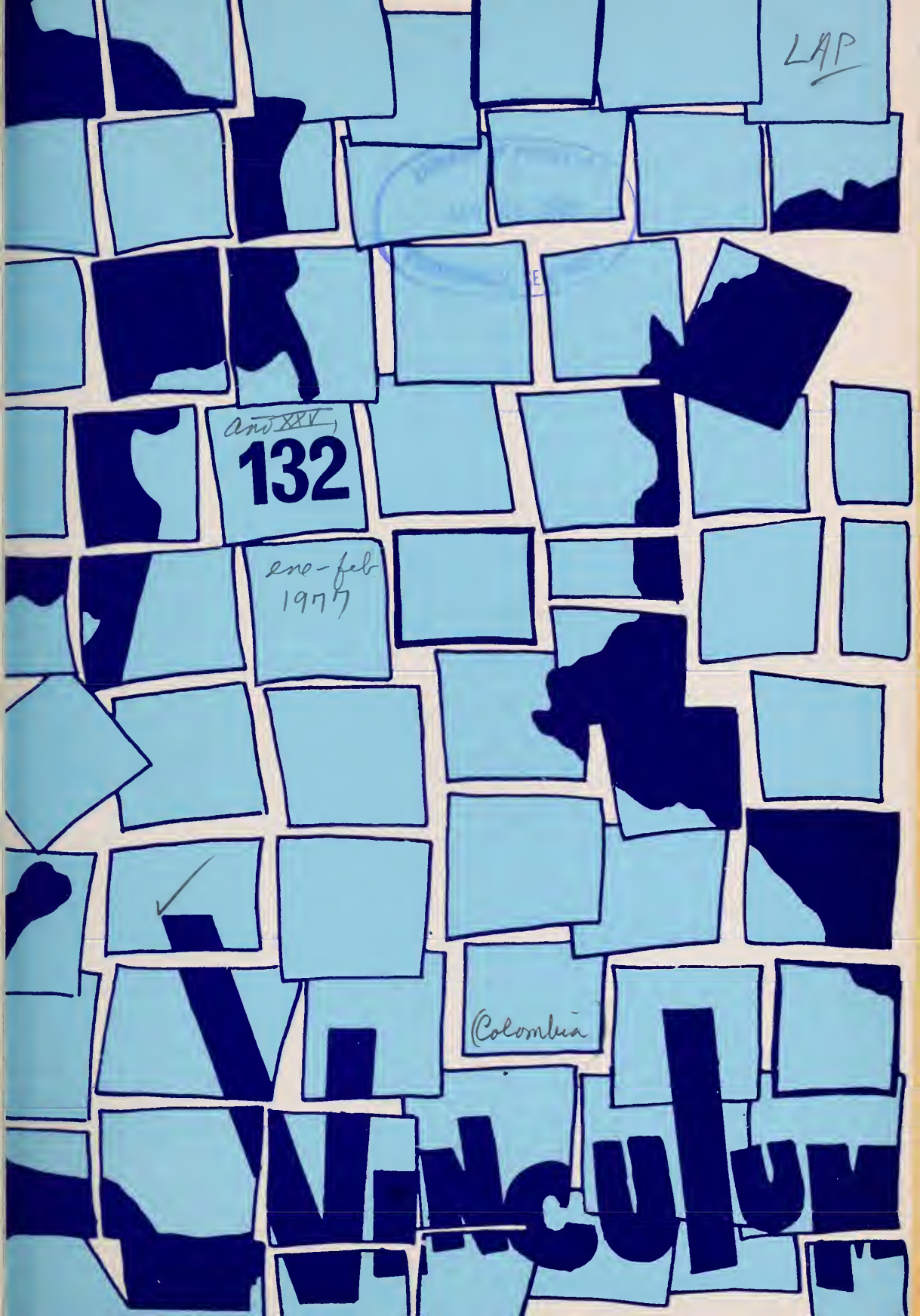
LIBRARY OF PRINCETON
OCT 12 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1470.A1 V56

Vinculum.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/vinculum1321conf


LAP
año XXV
132
ene-feb
1977
Colombia
VINCULUM

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

Próximos Cursos y Seminarios

1. **VALORES TRASCENDENTES DEL ANCIANO**
   Febrero 22 — 23 de 1977
   Carrera 10ª N° 65-48 — Bogotá
   Cuota: $ 350.00 (Incluye almuerzo y merienda)

2. **SEMINARIO DE "SICOLOGIA DE LA VIDA RELIGIOSA"**
   Marzo 13 — 25 de 1977
   Para Superiores y Formadores
   (En internado) "Los Pinares" — Bogotá
   Cuota: $ 3.600.00

3. **TEOLOGIA DE LOS VOTOS HOY**
   Marzo 18 — 20 de 1977
   Bogotá

4. **FORMACION TEORICO-PRACTICA DE ANIMADORES DE LA COMUNIDAD**
   Mayo 19 — 21
   Bogotá

5. **REFLEXION CON RELIGIOSOS MAYORES DE 65 AÑOS**
   Abril 24 — 25
   Bogotá

6. **SEMINARIO DIRECTIVOS DE REGIONALES**
   Junio 13 — 18
   Bogotá

7. **EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA RELIGIOSOS QUE TRABAJAN CON ANCIANOS**
   Mayo 22 — 29
   "Los Pinares" — Bogotá

8. **REFLEXION TEOLOGICA DE LA VIDA RELIGIOSA HOY**
   Junio 21 — 29
   Manizales

9. **PENSAMIENTO SOCIAL DE LA IGLESIA Y COMPROMISO RELIGIOSO HOY**
   Julio 4 — 9 — Bogotá
   Julio 11 — 16 — Medellín

Advertencia:

Las inscripciones deben hacerse en la sede de la C.R.C.
Calle 71 Nº 11-14 — Tel.: 35 88 84
CON LA DEBIDA ANTICIPACION.

Vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

132

AÑO XXV
1977
ENERO
FEBRERO

SUMARIO:

EDITORIAL

LA MISION DE LA IGLESIA

ESPIRITUALIDAD DEL HOMBRE COLOMBIANO

CULTURA Y MISION

RENOVACION EN EL ESPIRITU Y VIDA RELIGIOSA

OBSERVACIONES SOBRE LA CLAUSURA

DOCUMENTACION

DON HELDER CAMARA A LA CLAR

DIRECTOR:

P. Hernando Uribe, Ocd.

Dirección y Administración:
Calle 71, Nº 11-14 — Bogotá
Tel.: 35 88 84

Resp. Mingobierno Lic. 657/53.
Tarifa Postal reducida Nº 240 de la Administración Postal Nacional.

EDITORIAL

Comenzamos un nuevo año de labores y de reflexión. Si es cierto que las ideas preceden a la acción, y esto parece tan cierto que nunca o casi nunca somos capaces de realizar una acción repentina o de acometer una solución improvisada, nada más importante para el empeño de renovación que dedicar en este nuevo año un tiempo muy notable a la reflexión de fondo sobre lo que ha de ser nuestra identidad religiosa. Somos hijos de las ideas y los sueños que alimentamos.

En una reunión de Superiores Generales (Roma 29 Nov. 76), Monseñor Pironio expresó sus puntos de vista sobre los aspectos positivos y negativos de la vida religiosa. Le pareció que el mayor acierto está en el descubrimiento de la primacía del ser sobre el hacer. Esto está bien, pero tendríamos que ser muy cautelosos para evitar seguir fraccionando la realidad que nos deslice hacia el dualismo que tanto hemos anatematizado. Ser y hacer expresan las dos partes de la realidad única y compleja no solo del religioso sino de la vida de todo hombre: nada nos ganamos con ser no haciendo o con hacer no siendo. El fraccionamiento que hacemos de las cosas, de nuestra vocación, para entenderlas, hay que estarlo recomponiendo en la concretez de la vida para no ser víctimas de la esquizofrenia que frecuentemente ha denunciado el P. Tillard y que a diario constatamos por todas partes.

En un penetrante ensayo sobre Goethe, Ortega y Gasset dice que "lo más interesante no es la lucha del hombre con el mundo, con su destino exterior, sino la lucha del hombre con su vocación" y entiende la vocación como el imperativo de lo que el hombre tiene que ser y por lo tanto que hacer para ser sí mismo. No se conciben el ser y el hacer en todo hombre, y por lo mismo en el religioso, sino como las partes de su todo que en ningún momento pueden fraccionarse sin destruirlo. De ahí que resulte quizás más acertado hablar de un equilibrio, en el cual se cifra el toque de la madurez, de la identidad. De esta manera comprendemos muy bien otros dos aspectos positivos que recalca Mons. Pironio: interioridad y apostolado. Son las dos partes de la identidad religiosa y que corresponden al ser y al hacer de la vida religiosa y que no pueden estar la una sin el otro y viceversa. Si tenemos que acentuar más una parte que la otra es porque el equilibrio se ha perdido y es necesario un esfuerzo para volver al fiel de la balanza.

Cuando Mons. Pironio habla de los aspectos negativos enumera la secularización, la radicalización socio-política y el rechazo de la Iglesia institucional. Es indudable que esto es cierto, pero también lo es que aquí tenemos la contrapartida de una reacción. A través de la historia, la mayor lucha de la vida religiosa ha consistido en llegar a comprender que su identidad no está en la sola oración ni en el solo apostolado, sino en el equilibrio armonioso de ambos. El religioso ha de buscar constantemente cómo hacer de su oración un apostolado, una oración apostólica, y de su apostolado una oración, un apostolado orante. La simplicidad de esta fórmula resulta casi exasperante y ha dado origen a todas las reacciones extremosas, hoy talvez más agudas.

Dentro de los actuales aspectos negativos de la vida religiosa, Mons. Pironio ubica también la exageración del carisma propio, del carisma profético, en un sentido demasiado exclusivo. Sobre este punto vale la pena decir que habíamos perdido demasiado de vista el sentido carismático de la vida religiosa y por eso no es raro que hoy sintamos necesidad de comunicarle a todo el mundo este reencuentro como la mujercita que perdió su dracma (Lc 15, 8-10). Es natural que tal hallazgo produzca una alegría casi delirante, chocante quizás para quienes tienen que participar de ella. Lo cual no quiere decir que se trate de una exclusividad. Más bien esta insistencia podría servir de pista para que cada cristiano se afianzara en la Iglesia su propio carisma, aún el profético, y se lo contará a los demás con palabras y con hechos (1).

El carisma es un misterio de amor. Es lo que el religioso trata de vivir en su ser y su quehacer y a lo que ha de invitar a todos los hombres con su oración apostólica y su apostolado orante. Misterio de amor que es presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas. Es ésta la razón de nuestra oración y de nuestro apostolado y por lo tanto de nuestra identidad.

Vinculum invita a sus lectores a practicar todo un programa de reflexión en 1977. La teología de la vida religiosa está en gran parte por descubrirse. Además hemos de aprender de nuestros mayores a organizar nuestras ideas como presupuesto de toda acción. No olvidemos que tanto el museo antropológico de México como el museo del Oro de Bogotá encontraremos este apotegma: "Nuestros antepasados eran unos sabios, se reunían con frecuencia a dialogar con su propio corazón".

(1) Cfr. Mons. Pironio, "Cómo veo la vida religiosa de hoy" en Vida Religiosa 328 (15 en. 77) 4-6. En forma breve, presenta puntos claves y da pistas.

LA MISION DE LA IGLESIA

ALBERTO RAMIREZ

La Iglesia en el fondo se identifica con la misión. Es una misión, la comunidad cristiana es una comunidad enviada en misión. No existe primero una comunidad que después se le envía, sino que lo que hace es la misión. La Iglesia es una comunidad en misión.

1. Sujeto de la Misión.

El sujeto de la misión no es simplemente la jerarquía. Es la Iglesia, presidida por la jerarquía. Existe un servicio de presidencia en una comunidad que realiza una misión. No siempre hemos pensado así. Hemos pensado a veces que la jerarquía está enviada a predicarles a los que no son la jerarquía; que hay gente a la que no le toca hacer la misión, y otra a la que sí. Y eso no es así. Jesucristo llamó a los doce apóstoles, a un grupito de hombres que son la Iglesia, sin mayores distinciones y los envió en misión. Luego vendrán las determinaciones: jerarquía, laicado, etc. Pero el hecho de que aparezcan esas distinciones no significa que un grupo de personas hubiera llegado a adquirir el derecho a hacer la misión en relación con otros que no tienen que hacer la misión. La misión es siempre la misma, en función de la Iglesia. Es una comunidad en misión.

2. Contenido de la Misión.

El contenido de la misión es la proclamación del Evangelio, de una buena noticia. Enviados a proclamar la buena noticia, mensajeros de una buena noticia.

La buena noticia se proclama no simplemente de palabra, no es meramente predicar, hacer sermones. Es fundamentalmente proclamar con la vida, es decir, con el testimonio, una buena noticia. Vivir así en Jesucristo, es proclamar el Evangelio. Los hombres somos una proclamación por el hecho mismo de vivir en eso: el Evangelio se proclama con la vida. También es cierto que se proclama con la palabra, la cual tiene alguna importancia verdadera si está respaldada por el testimonio. De otra manera es pura palabra y no tiene mucha credibilidad, mucha autenticidad. La fuerza de la palabra evangélica es propiamente el hecho de que la vivimos. El testimonio es fundamental como respaldo del Evangelio que proclamamos. Toda la comunidad cristiana está llamada, por lo tanto, a vivir una buena noticia, a vivir la buena nueva de la salvación y a que aparezca externamente, en relación con todos, aún con los que no se llaman cristianos. Proclamar a todos los hombres, sin niguna distinción, la buena noticia de la salvación. Proclamar con la vida que entregar la vida es salvarse. Proclamar el misterio de Jesucristo que hemos asumido. El misterio de Jesucristo vivido por nosotros es evangelio, la buena noticia que proclamamos.

Esto tiene relación con toda la Iglesia. Toda la Iglesia está enviada en misión. Esto hay que decirlo también de cada uno de los estamentos que constituyen la Iglesia. Al hablar de los grupos que constituyen la llamada Vida Religiosa no podemos hacer otra cosa que afirmar lo mismo que decimos de la Iglesia. La finalidad propiamento dicha de la Vida Religiosa, de las Comunidades Religiosas, es la proclamación del Evangelio. No puede ser ninguna otra cosa si todos nos llamamos la Iglesia.

3. Qué es la predicación

Hay que purificar la idea de la pura predicación verbal. No es hacer una labor como la que hace, por ejemplo, un periodista. No se trata de una labor de información. No se trata de una actividad meramente cultural; contar una cosa que otros no saben. Es vivir una realidad, el Evangelio, y vivirlo de manera visible y tratar en cierta forma de invitar a todos los hombres a vivir esa misma vida. Contagiar esa misma experiencia evangélica, y procurar que de manera plenamente voluntaria, todos los hombres, ojalá todos los hombres, lleguen a vivir el Evangelio, la buena noticia. Es decir, la historia de Jesucristo. Nosotros creemos que eso tiene sentido.

No podemos, probarle a nadie, si se quiere, que el Evangelio tiene sentido. No hay ningunas razones propiamente dichas, pruebas contundentes de que hay que vivir el Evangelio. Por eso una teología o una catequesis apologética, probar con la razón como se prueban matemáticamente ciertos resultados, como que dos y dos son cuatro, eso no tiene ningún sentido en la pastoral de la Iglesia, la misión. No hay ningún hombre a quien nosotros podamos llegar a convencer de una manera contundente de que tiene obligación de aceptar el Evangelio. Es una pura opción. La única fuerza que poseemos para contagiar a los demás es el hecho de que vivimos convencidos, de que el Evangelio es el sentido de la vida, de que entregar la vida por los demás, es el sentido del hombre. Es nuestra propia vida el argumento del Evangelio. No son argumentos extrínsicos, no son razones del campo de lo puramente racional, las de las matemáticas o lo que sea. Hay que vivir el Evangelio, hay que mostrar a los hombres continuamente la alegría que produce vivir en la buena nueva de la salvación, la historia de Jesucristo. Esto es propiamente la misión.

También la palabra es importante. Nosotros podemos comunicar aún informativamente, decir Jesucristo murió. El enseñó tal cosa y eso es lo que nosotros estamos viviendo y vale la pena vivir eso. De ello estamos convencidos. Por lo mismo, que venga todo el que quiera a vivir una vida como la de nosotros.

La palabra es importante, pero no ella sola. Por eso nostoros, desligados completamente de una vida evangélica, y realizar así una tarea como de mercenarios, no tiene ningún sentido. La palabra de un evangelizador que no está respaldada por la vida del mismo, es una palabra sin autenticidad. Hay que vivir el Evangelio visiblemente. Eso es evangelizar: vivir la vida de Jesucristo, vivir la buena nueva en nuestra vida y predicar con nuestra palabra y con nuestra acción explícita y metódica el Evangelio.

4. Superación de Dualismos.

No existen propiamente dos vidas. No estamos llamados a vivir otra vida, además de la primera vida que vivimos. Esa dicotomía ha sido tradicionalmente vivida. Estamos ahora en condición de superar la dicotomía entre la vida humana y vida cristiana. Ya no podemos vivir una vida doble. Una vida que es la vida de los hombres normalmente, y otra vida que es la sobrenatural. (Tradicionalmente durante toda la semana hacemos una vida, la humana, y el domingo, traspasamos el umbral del templo, hacemos una cosa que no tiene nada que ver con lo que vivimos durante la semana,

hacemos la liturgia para poder estar tranquilos. Y después nos volvemos de nuevo a la vida).

Jesucristo propiamente no fundó una religión, en el sentido de que hubiera llamado a los hombres a salir de la vida y a realizar otra vida, la vida para Dios. El Señor llamó a los hombres a vivir la única vida verdadera, la vida humana en función de Dios. Hemos de ver esto con una mirada y con una intención de gran profundidad.

Es característica muy interesante del cristianismo primitivo, que no tenía objetos ni lugares ni acciones específicas religiosas. Era la vida de todos los días. Ser cristiano, ser seguidor de Jesucristo, era vivir la vida de todos los días así: como en una entrega por los demás. No había templos. El cristianismo primitivo no tuvo templos. ¿Dónde se reunían los hermanos para expresar explícitamente con sus acciones culturales lo que significaba ser cristiano? En las casas, donde los hermanos. Existía el templo de Jerusalén. Y hay una cosa también curiosa: los cristianos, los que venían del judaísmo, no consideraban el cristianismo como una religión. Para ellos la religión era una cosa a la que estaban acostumbrados y de la que no se desligaban fácilmente. Era la religión judía. Y el mismo Nuevo Testamento nos dice que ellos siguieron practicando la religión judía. Esa costumbre que tenían y de la que no se desligaban. Seguían yendo al templo, tenían sus prácticas. Eso no era el cristianismo. Lo fundamental para ellos era: tenían un solo corazón y una sola alma. Eso era cosa de todos los días. Se reunían en sus casas. Compartían el pan. Perseveraban en la oración. Y acogían continuamente nuevos hermanos. Era cuestión muy de la vida. La dicotomía que hemos llegado nosotros a tener, propiamente no existía. Ser cristiano, vivir en Jesucristo, ser de la Iglesia, significaba vivir la vida de una determinada manera.

5. Manera de Vivir la Vida.

¿Cuál es esa manera? sobre todo en función de la determinación, de lo que es la misión actual nuestra en la Iglesia. El cristiano que vive la vida histórica, es alguien que en comunidad realiza en profundidad algo así como **una mirada profética** de la propia vida. La Iglesia es una capacidad profética de mirar la vida. Es una mirada muy profunda de la historia. Es una comunidad que analiza su propia vida. No es que nos situamos afuera y miramos a la historia, a los hombres por allá afuera de nosotros; sino que nosotros desde adentro de nuestra propia vida, ejercemos un verdadero juicio profético. Un juicio profético en prinicipo es una verdadera indicación de la ausencia de Dios en nuestra propia vida.

6. La Realidad del Pecado.

Una característica del cristianismo, de la misión cristiana, es la capacidad de descubrir el pecado. Pertenece esencialmente a nuestra misión. Es una mirada de mucha seriedad. Una humildad también muy real. Jesucristo nos ha enseñado a discernir que nuestra propia vida histórica es una vida de pecado. Todos lo somos y nadie puede decir que no lo es. Si miramos proféticamente nuestra vida y decimos que la historia, cualquier tipo de historia hasta el fin de los tiempos, siempre, en alguna forma es **infidelidad**. Este es un realismo muy grande. Cuando miramos la vida no podemos hablar de otra manera. Ser muy optimistas y decir: no, las cosas están muy bien... Eso es falta de realismo. En la Iglesia existe un dogma, una verdadera afirmación dogmática que revela un gran realismo. Es **el pecado original.** La misma historia que nosotros realizamos, los hombres, aún los cristianos, es una historia que si nos ponemos a mirarla bien profundamente, es una historia del mal, de **la ausencia de Dios.** La existencia eclesial es una verdadera incomodidad interna en la historia. Es un malestar interno. La Iglesia no puede ser un conformismo con la historia. Es un verdadero juicio profético. El cristiano es un inconforme. Nunca nosotros podemos decir: no, las cosas están muy bien, las estructuras son buenas, los hombres somos buenos. Los cristianos so-

mos una comunidad profética, una comunidad que al vivir la vida humana, atiende con gran seriedad a la significación de las acciones que la constituyen. Entonces decimos: el mundo no está bien. Es una especie de redescubrimiento que se ha hecho más y más necesario, especialmente en nuestro medio. En otro momento, la conciencia de pecado se había privatizado completamente. Cada uno decía, yo cometo malas acciones, yo soy pecador, pero eso es un problema mío. En este momento, nosotros al contemplar la historia humana total, hemos llegado a darnos cuenta de una verdad que es constitutiva del cristianismo, en la misión cristiana, y es que las estructuras humanas son pecaminosas. Hay una verdadera situación humana de pecado total, de la que no puede excusarse ningún hombre. Tenemos que reconocernos pecadores. Esto es constitutivo de la misión cristiana. Jesucristo nos ha llamado y nos ha enviado en misión a decir con nuestra propia vida, con una gran honradez, somos pecadores. Pero no solamente a ésto.

7. Sentido de la Conversión.

La misión cristiana incluye otro elemento fundamental que también es profético: Dios no simplemente nos ha torturado sádicamente con la idea de que somos pecadores. No se trata de atormentarnos y llenarnos de remordimientos. Nos ha llamado al mismo tiempo a **convertirnos.** La Iglesia es una comunidad cuya misión también es la de la asunción de la vocación a la conversión. Estamos llamados a cambiar, no solamente a cambiar la vida de cada cual, sino la historia total. Somos hombres llamados a transformar desde adentro, desde lo más profundo que se pueda, la vida humana. Hay cosas que son importantes, cuando hablamos de la misión y del compromiso de cada cual y de cada comunidad cristiana en la vida. No estamos enviados en misión simplemente como para poner paños calientes a una situación profunda del mal que ya hemos reconocido. La Iglesia no es una comunidad conformista. Es una comunidad llamada a realizar una misión de conversión total. Por eso la Iglesia existe en función del cambio y del cambio histórico. La Iglesia se está dando cuenta de que tiene que existir en función del cambio de la historia humana. Por eso no se trata de una paz tensa, indicadora de toda una situación de mal, que nosotros estamos solucionando parcialmente. La Iglesia no es conservadora en este sentido.

La Iglesia es una comunidad llamada a construir una historia hacia adelante. No es mirar de para atrás y a poner parches a una situación de pecado. Misión profundamente renovadora y juvenil. Es una gran apertura de espíritu, juventud continua, comunitaria, siempre palabra nueva. Lamentablemente nosotros hemos concebido a Dios siempre de para atrás. Un viejito. Cada día más y más anciano, y en función de él vivimos. Por eso nuestra mirada siempre es de para atrás. Pero no es así. Dios es, si se quiere, también el pasado del hombre. Pero más que eso, Dios es el futuro del hombre. Es el que está siempre por delante, es el más joven de todo el universo, él es el porvenir. Y la Iglesia es mirada de para adelante. No olvidemos el pasado. Para nosotros el pasado es el piso en el cual tenemos un fundamento firme, pero avanzamos de para adelante. Nuestro fundamento ciertamente tiene que ser la tradición, pero nuestra mirada es de para adelante. Por eso la misión de la Iglesia es supremamente creativa, creadora de una historia típicamente humana, que en realidad sea la base suficiente para la construcción de lo que llamamos el reino de Dios, donde los hombres lleguemos a hacer una historia que sea la entrega de Jesús a los otros, una historia que sea de verdad la realización del amor de Dios, ya que Dios es amor. Donde se dé una historia que sea eso, entonces nosotros podemos decir que eso es el Reino de Dios. Lo que hay por dentro de eso se llama Dios, el Rey de eso es Dios. Esta es una tarea inagotable. Hay que estar realizando continuamente una labor de reconocimiento de la situación del mal según la historia que vivimos. Y por muy buena voluntad que tengamos, siempre tenemos que estar diciendo: hemos fallado, no es amor lo que estamos construyendo. Hay que construir la historia del amor. Siempre tenemos que realizar la conversión.

8. Un Proyecto Siempre por Hacer.

Nuestra misión es cambiar la historia, transformar la vida desde adentro, la de todos los hombres. Nuestra labor misionera es la construcción por el testimonio de la gran noticia de la salvación. Esto no se hace simplemente hablando, dando órdenes desde afuera. Por eso, no basta hacer un documento en el cual se le dice desde afuera a la gente: "Uds. tienen que hacer tal sociedad". Así no se hace la misión. Es la construcción desde adentro, realizada por todos, estando a la cabeza quienes deben presidir la comunidad, la jerarquía. Pero ésta no monopoliza la misión. Todos construímos el Reino de Dios, transformando, contagiando, cuestionando continuamente la historia. El conformismo, desde esa conciencia de pecado que tiene que tener la Iglesia, en lo referente a su misión, es falta de reconocimiento del Evangelio que tenemos que proclamar. Por eso no tenemos por qué angustiarnos por el hecho de que el cristiano no se sienta bien y que tenga que estar criticando. No se trata de una visión negra, de un pesimismo definitivo, sino un gran realismo, La historia que hay hasta ahora y habrá siempre nunca será el ideal. Siempre habrá más por hacer. Y tenemos que caminar realizando ese proyecto, esa misión, desde adentro de la vida, Esa es la misión de todos.

9. Misión de la Vida Religiosa.

La Vida Religiosa, precisamente porque se sitúa desde el futuro, realiza como un testimonio supremamente valioso, supremamente fuerte, la misión, toda la misión de la Iglesia. Una comunidad Religiosa, realizada con toda su fuerza, debería ser una vergüenza para los hombres, debería avergonzar a los hombres. El que mire la vida Religiosa debería avergonzarse de la vida que vive y debería sentirse llamado a decir: esto es lo que hay que hacer, así debe ser la vida. Ese testimonio debería ser de tal manera fuerte que de verdad fuera contagiador, contagioso para los demás. Misión: ser enviados. No somos una comunidad estática, una gente que vive una vida extraña. Ha de ser una comunidad cuya vida es la única vida que existe en el estado en que estamos. Una vida que tiene que vivirse de determinada manera. Estamos enviados a vivir de determinada manera, evangélicamente. Esta es la misión evangélica.

10. Conclusión.

No siempre hemos tenido en cuenta la gran responsabilidad que tenemos de la construcción de la historia humana. Cada uno decide toda la historia humana. Aquí aparece toda la importancia que tiene la comunidad. Desde la Iglesia se construye toda la vida de los hombres. La responsabilidad individual y colectiva es decisiva. Cada acción de nosotros es importantísima en el gran tejido humano que es la historia. Romano Guardini dice que solamente se sabrá por dónde iba todo este conjunto que llamamos la historia humana, todo este tejido de acontecimientos humanos, cuando el último de los hombres haya realizado la última de las acciones. Desde cada acción humana se decide toda la vida, toda la historia. La vida de cada uno tiene una importancia decisiva, y la vida de toda una comunidad, la vida de la Iglesia. Desde adentro de nosotros, aún como individuos, como personas, aisladas si se quiere, se va construyendo toda la vida. Y si no la construímos, si no la fermentamos con el Evangelio, entonces no hemos hecho nada.

El cristianismo es un proyecto histórico, es la salvación de todos los hombres, de toda la historia humana. Es más que la privatización a que estábamos acostumbrados, mi salvación y basta. Que no me vaya a morir en pecado y no me vaya para el infierno. Que yo me salve y me vaya para el cielo. Esta no es una buena comprensión del cristianismo. Nuestra responsabilidad es total. Toda la historia tiene que salvarse en nosotros. Todo el Reino de Dios tiene que ser construcción de cada uno de nosotros y de nuestra comunidad, de nuestra Iglesia. El éxito o el fracaso de toda esta empresa, de la buena nueva y de la salvación es responsabilidad de todos nosotros.

Espiritualidad del Hombre Colombiano:

¿Podemos hablar de una espiritualidad vernácula?

Gustavo Vallesot OCD.

No es impertinente este interrogante ya que todos conocemos el esfuerzo que se hace, particularmente en los países jóvenes, para encontrar el camino de su identidad en todos los ámbitos. Y particularmente nuestras patrias latinoamericanas, luego de la generalización forzosa de su cultura como partes de la corona española durante todo el período de su coloniaje, ahora van tratando de desenterrar elementos que indudablemente les van a ayudar a reencontrarse, si no como naciones, al menos si propiamente como líneas de una cultura que tarde o temprano será valorada como constitutiva de su modo de ser: de su **espíritu.**

Tampoco es pretensioso, ni chauvinista, ni indiginista a ultranza, puesto que estamos llegando, y no por simple moda sino por desemboque forzoso de la historia a valorar lo que es elemental en la tipología de un país: lo que le pertenece por su gente y por su situación concreta en el tiempo y el espacio. Y si hay algo que pueda interesar en el estudio de la entraña de una nación, en este caso la nuestra, es constatar el aporte que su tierra y su gente da, ha dado y puede seguir dando a la vivencia espiritual, así sea ésta revestida del signo cristiano y revelado.

Por eso nuestra pregunta " si hay espiritualidad vernácula en Colombia" es por lo menos, tan pertinente e interesante como preguntarse "si puede haber un socialismo a la colombiana" o "si tenemos un modo peculiar de ser" o "si hay una música autóctona" en el sentido más genuino de la palabra.

Términos

Lo que sí se nos exige en primera instancia es que nos entendamos y tratemos de dilucidar ante todo los términos que usamos: es decir, qué entendemos por espiritualidad, qué es lo vernáculo y en qué dimensiones nos referimos a nuestro país: solo así podemos pensar en una respuesta que sea algo más que una divagación más o menos acertada.

Espiritualidad: Posiblemente no haya en el diccionario una palabra cuyo significado se exprese con más imprecisión. Y sin embargo podríamos decir de su contenido que de eso vivimos y en ella nos mantenemos metidos continuamente, si es que nuestra vida es algo más que vegetar. Lo que ocurre es que la amplitud de lo expresado con el término "espiritualidad" es tal, que desborda los límites de lo conceptual. Tan cierto es esto, que, si hacemos un esfuerzo por concretar una definición, fácilmente nos quedamos con una sola parte de lo definido: por ejemplo, si decimos que espiritualidad es la teología de la vida según el espíritu, ya desde el principio nos quedamos con la fórmula, la disciplina, y sin el contenido, además de quedarnos una imprecisión en el aire: ¿según cuál espíritu? Así también, si decimos que es la vida del alma, o del espíritu, nos quedamos con una parte del ser humano, que es uno e indivisible, y separamos lo que Dios ha unido. De igual manera, si decimos que espiritualidad es la

actitud fundamental humana frente a la trascendencia divina. quizás nos quedemos en una simple antropología religiosa, incompleta por lo demás, y así podríamos seguir indefinidamente el muestreo de conceptos, para tener que quedarnos a la postre con que "si uno habla hoy de caminos del Espíritu, no es porque los tenga ya explorados o le sobren claridades", y a que "en materia de iluminación espiritual, anda la tierra escasa de energías" (Federico Ruiz: **Caminos del Espíritu**, prólogo).

Pero forzosamente tenemos que quedarnos con una idea básica, que esté a la raíz del concepto y nos sirva para cimentar en ella nuestro interrogante y sus posibles respuestas: aquí entendemos por espiritualidad la **vida según el espíritu.** Ante todo, vida, puesto que se trata básicamente de experiencia vital del ser humano, con todo su bagaje de carne, espíritu y elevación a la intimidad divina, y con todas las circunstancias determinantes que se derivan de la situación concreta en el tiempo y el espacio. Y esta vida es "según el espíritu", lo cual quiere decir que la vivencia, aunque es de todo el ser, se refiere primordialmente a su esfera superior, el espíritu, tiene finalidades superiores y tendencias superiores. Aquí hay actitudes, caminos (los caminos del espíritu) y reflexiones sobre el ser y el actuar, que son la ciencia espiritual. Si la referencia es a lo trascendente, a Dios, tendremos la vida según el Espíritu, y su disciplina será la teología espiritual, con referencia específica al mensaje de Jesucristo que salva y envía su Espíritu santificador para renovar la faz de la tierra y confirmar en los hombres lo que El ha indicado.

Aunque espiritualidad es por excelencia la reflexión cristiana que "escruta el hogar donde se fragua la unidad de la persona, donde se funden gracia y naturaleza, teoría y práctica, conocimiento y amor, actitud interior y acción externa (F. Ruiz l. cit), aquí queremos darle un sentido más universal, para poder encontrarnos, cuando sea preciso, con "espiritualidades" que, sin ser cristianas en su origen, sin embargo viven y se han vivido dentro o fuera del contexto cristiano. Es asunto admitido, por ejemplo, que la espiritualidad hindú, con no ser cristiana, es verdadera y propia espiritualidad y se vive dentro y fuera del contexto revelado, como lo estamos palpando con el yoga, hoy tan aceptado en Occidente.

¿Y a cuál Colombia nos referimos?. No precisamente ni exclusivamente a la desaparecida cultura muisca o agustiniana, ni a las culturas aborígenes actuales, ni a ninguna época determinada de su historia, por ejemplo la colonia o la emancipación, sino al conjunto de todo, al hombre corriente colombiano a quien solemos llamar "José Dolores", que es el hombre corriente, imposible de identificar en su "estado puro" pero que vive en todos nosotros, y en el que converge el indígena con todo su ancestro misterioso y desconocido, el conquistador cristiano y feroz, el hombre subyugado por la conquista y evangelizado por la cultura hispano-cristiana, sujeto a varias dependencias y hoy asomado a un porvenir incierto; ese hombre que habita en las montañas que son las mismas que habitaron los indígenas primitivos y atravesaron primero los conquistadores y después las hordas libertadoras, y ahora se ven desde el avión o se recorren por carreteras, y también el que vive en las ciudades, bien sea en el tráfico agudo del centro de Bogotá, Medellín, Cali o en los barrios residenciales o en los ranchos de las Colinas, del Barrio Popular, de Siloé, etc., o que vive en la cosecha de café o el algodón. Todo eso y mucho más.

Finalmente, ¿qué es **lo vernáculo?.** Es simplemente lo propio del lugar, aunque esa propiedad haya sido proceso de muchas evoluciones. Vernáculo y autóctono no son lo mismo que folclórico, y mucho menos que vulgar. En un pueblo colombiano donde acostumbran celebrar una fiesta típica, se desgañitan año tras año advirtiendo a los turistas que no confundan el traje típico con que se les invita a participar, con un disfraz de remiendos pintados, ni la música autóctona con las últimas novedades de la

batería. Así habría que decir que no se confunda lo vernáculo y autóctono con lo bajo, ni siquiera con lo apenas folklórico. Para más claridad, en fin, tengamos presente, usando términos de la sociedad del consumo, que lo vernáculo se opone a lo importado. Y en resumidas cuentas nos estamos preguntando si la espiritualidad del hombre colombiano es vernácula, propia, asimilada aquí, o de importación más o menos reciente...

Una Reflexión sobre el misterio de la Encarnación

La contemplación del Misterio de "Dios hecho hombre", de "Dios con nosotros", de la Encarnación, preferentemente hecha con la ayuda de un pesebre que unos construyen con objetos blancos que simulan nieve y otros con objetos verdes que evocan eterna primavera —como nuestros cardos y nuestro musgo—, nos brinda una inteligencia viva y sabrosa de algunas de las maravillosas dimensiones de ese diálogo de Dios con los hombres que tiene su momento más tierno cuando El empieza a ser uno de ellos.

"La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn. 1,14) es el estribillo insistentemente repetido en la liturgia navideña. Inclusive algunos insisten en la traducción "y **acampó** entre nosotros", que es expresión aún más concreta e indígena del modo cuasi-nómada como fue la primera estancia de Jesús. Y a fe que este acontecimiento único de la humanidad viene señalado con circunstancias de lugar, tiempo, ambiente, personas que lo rodearon y vivieron, diversas reacciones ante el hecho, etc.

"En los días del rey Herodes" (Lc. 1,5).

"Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre, llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María" (Lc. 1,26).

"Por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino... Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén... Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron (a María, que estaba encinta) los días del alumbramiento, dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada" (Lc. 2,1-7).

"Los pastores... fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre... Todos se maravillaban de lo que los pastores se decían" (Lc. 1, 15-18).

"Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido... En oyéndolo el rey Herodes, se turbó y con él toda Jerusalén" (Mt. 2,1 ss.).

Si nosotros, como la Virgen María, contemplamos el encanto de este misterio, guardamos todas estas cosas y las meditamos en nuestro corazón (cf. Lc. 2,19), podremos constatar con profundo gozo espiritual, que las dimensiones dentro de las cuales Dios se asoma a nuestra humanidad y a nuestra historia, son tan concretas y determinadas que en verdad nos vemos obligados a decir que Dios no solamente se **encarnó**, sino que también se **hizo indígena** en el sentido más bello y puro de esta palabra: se hizo hombre, miembro de una tribu, con las modalidades peculiares de una

raza, en un lugar determinado del planeta y en un momento preciso de la historia: ese que hemos visto señalado por los evangelistas, y Pablo llama "la plenitud de los tiempos".

Tan concreto, tan autóctono, tan reconocible por todos es el advenimiento de la Palabra al mundo, que se dan cuenta de su presencia y, aunque los más fueron duros en acogerla, o mejor, "no la recibieron" (Jn. 1,11), provocó diversas reacciones, señales de su palpabilidad. "Todos, dice San Lucas, daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y decían: ¿No es éste el hijo de José?" (Lc. 4,22). Por su parte, el Evangelio de San Juan evoca el comentario socarrón que hacían sobre el lugar de origen de la familia de Jesús: "¿De Nazaret puede haber cosa buena?" (Jn. 1,46).

Dentro de este contexto de "indigenismo", de acondicionamiento local y claramente descriptible, se realiza, pues, la juntura de Dios con el hombre y la iniciación histórica del gran Mensaje de los siglos que no era solamente para ese pequeño pueblo, sino para todos los del universo y, por tanto, para ser traducido de las particularidades que revistió en Belén, en Nazaret, en Jerusalén, a las particularidades de cada pueblo donde verdadera y realmente se perpetúa la Encarnación y se hace inteligible esa palabra, no sólo a judíos sino también a gentiles y escitas: traducción que empezó maravillosamente el día de Pentecontés cuando "todos (partos, medos, elamitas, etc.) les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios" (Hechos 2,9-11). Y hoy, por medio de los recursos de la exégesis, seguimos tratando de **interpretar la palabra**, encarnarla y hacerla inteligible en el lenguaje de cada pueblo.

La Palabra de Dios, que se hizo carne y puso su morada entre nosotros, seguirá vinculada a la humanidad de todos los tiempos, ya que el misterio salvífico es realizado "por nosotros los hombres y para nuestra salvación", y trae "paz en la tierra a los hombres en quienes él se complace" (Lc. 2,14). Así, pues, la Encarnación, realizada en la concretez de un pequeño pueblo del Medio Oriente, está llamada a hacerse entender de los hombres de todos los tiempos y lugares: de no ser así, dejaría de ser el acontecimiento salvífico por excelencia para toda la humanidad, y a lo sumo sería una teofanía o un incidente pasajero en las relaciones entre Dios y los hombres de algún determinado momento de la historia.

Volvemos al interrogante

La leve reflexión anterior sobre el misterio de la Encarnación puede ayudarnos a obtener luz sobre el interrogante que nos hemos planteado.

El país colombiano está enclavado en una encrucijada particularísima de América, o, mejor, como dice nuestro poeta Jorge Rojas, "reclinada sobre el hombro de América", fue y sigue siendo por su posición geográfica peculiar que se abre con generosidad hacia el sur abarcando con los dos océanos la inmensidad de Suramérica y se cierra con avaricia hacia el norte para apretar y retener el Istmo de Panamá, hoy roto con un canal ajeno, una escala forzosa de migraciones humanas hacia el norte y hacia el sur. Y cuando se abra la brecha del Darién será impredecible la avalancha de este paso, nueva faceta del nomadismo.

La peculiar situación del país, con sistema orográfico e hidrográfico propios, es propicia para que, además de ser encrucijada de migraciones, dé asiento permanente a un grupo o varios grupos humanos, y así lo constatamos por la historia de la Conquista y por la prehistoria desenterrada ya en buena parte, por lo menos lo suficiente para saber que hubo una civilización muy humana y pensante, lo constatamos también por

la homogeneidad y aferramiento a la tradición en grandes grupos humanos que viven en nuestro país (por ejemplo el de la altiplanicie, el viejo Caldas y Antioquia, el calentano de la Costa, etc.) y, en fin, podemos observarlo, aunque en parte menguado por las tristes vicisitudes de la historia cruel, en los grupos aborígenes de nuestros territorios llamados eufemísticamente "nacionales". Así sabemos que nuestro territorio acogió, conservó y (tal vez ésto último entra en la hipótesis) transmitió corriente humana con facetas espirituales traídas, asimiladas, vividas y transmitidas a otras partes y épocas. Baste mirar con cierto detenimiento las huellas de la cultura asiática, egipcia, azteca e incaica fácilmente detectables en los monumentos agustinianos, en los que encontramos también profundamente impresa la impronta de un pensamiento sobre el más allá, el culto a los muertos, la reverencia a los poderes naturales, el carácter cultural y sacerdotal insistente en su vida, etc. Y no es sólo en la cultura agustiniana, pues ahí están los prodigiosos restos de oro del museo del Banco de la República, y los "entierros" funerarios de los antiguos Armados, Pijaos y Caribes, con sus clásicos montículos o "pirúes" que nos producen aún hoy cierta reverencia.

Pero, como no es solo la prehistoria o historia precolombina nuestra fuente de información, constatamos también —y quizás sea desde el punto de vista espiritual el momento más importante, el fenómeno de la Evangelización en la Conquista y el coloniaje, que aporta a la futura "colombianidad" el mensaje cristiano revestido de la cultura europea occidental y con todas las características propias de los siglos anteriores y contemporáneos a Trento, con las virtudes y defectos que todo esto comporta.

Aunque se ha dicho que en Colombia el choque de la civilización hispánica con la civilización amerindia fue menos grandioso y más asordinado que en las otras civilizaciones amerindias, bien sea a causa del poco poder político y guerrero de nuestras tribus que no ofrecieron el aporte imponente de los incas y los Aztecas, por ejemplo, o bien porque la mayoría de las tribus fueron replegadas o destruídas a muerte, sin embargo sí se dio ese verdadero choque de dos civilizaciones, dos cosmovisiones y dos **ethos** que, lejos de producir un "tertium quid", tarde o temprano iban a dejar sentir esa lucha, como nos lo dice claramente la historia posterior a la emancipación (Cfr. Gustavo Vallejo y Ernesto Ochoa: **El hombre Colombiano** en "Vida Espiritual", nn. 39-42, pp. 139-145).

¿Sincretismo o espiritualidad peculiar?

La evangelización, que por la fuerza de las circunstancias se hizo con el sistema de la "tabula raza", si bien es cierto que en algunos momentos tuvo su asomo de sincretismo en algunas maneras de vivirse por parte de los aborígenes recién evangelizados y aún no profundizados suficientemente, de lo que dan cuenta los mismos doctrineros, y en la actualidad "descatequizada", a la cual se refiere el P. Segundo Galilea en su obra **"Hacia una Pastoral vernácula"** con referencia especial a Latinoamérica y el P. Humberto Restrepo en su maravillosa tesis sobre **"La Religión de la antigua Antioquia"**, sin embargo en lo principal y más esencial nunca constituyo una floja simbiosis o sincretismo, antes bien, y de ello es testigo el pueblo medio, corriente de Colombia, ese José Dolores que vemos en todas partes, **se estructuró verdaderamente un tipo humano-religioso** que, con su remota raigambre indígena bien definida, con el influjo determinante de un cristianismo europeo captado y asimilado en la Conquista y la Colonia, con el profundo intercambio racial de sangre indígena, europea y negra y todo ello vivido en medio de una situación geográfica peculiar, son ingredientes de un pueblo con actitudes propias, con espiritualidad propia y con destino propio, ciertamente aún no bien definido hacia el futuro, pero si con el suficiente acopio de elementos que lo autorizan a enfrentarse a las tareas espirituales según su propio modo de ser. Esto quiere decir, ni más, ni menos, que el hombre colombiano sí tiene una espiritualidad suya, propia, peculiar, vernácula, y debe explotarla y vivirla.

Algunas notas de esta espiritualidad colombiana

La espiritualidad característica del hombre colombiano es un hecho, pero su tipismo está aún por estudiar, y constituye un verdadero reto para la antropología religiosa, llamada a desenterrar auténticas bellezas espirituales en el "tipo" humano colombiano. Y es ésta una tarea indispensable como paso previo hacia una "reevangelización" como aquella de que tanto se habla hoy, no porque la primera se hubiera hecho mal, sino porque ha habido un desgaste por falta de profundización, de mejor aprovechamiento de nuestros recursos antropológicos (durantae mucho tiempo el clero ha despreciado lo autóctono y ha mirado con interés casi exclusivo los aportes culturales —no asimilables por nuestro pueblo— venidos de Europa, y así hemos estado al borde de un colapso religioso lamentable).

La disponibilidad amorosa de nuestro pueblo —esa condición admirable que han explotado a su antojo los políticos y que nuestra gente heredó de esa enorme naturaleza que dominó su espíritu—; esa reverencia innata hacia el gran poder desconocido, que le da carácter predominantemente oferente y sacrificial a su culto —cosa que evidentemente no es heredada del cristianismo sino propia del Indio, como lo hallamos comprobado en nuestras abundantes muestras arqueológicas chibchas y agustinianas, y en ésto nos permitimos disentir respetuosamente del P. Segundo Galilea, por lo menos en lo referente a Colombia—; ese carácter sacerdotal predominante en las actitudes sociales, igualmente avalado por los datos que poseemos de nuestros aborígenes precolombinos y actuales; la actitud definitiva ante la muerte y el más allá, tan característica de la estructura sepulcral de nuestras culturas indígenas y esa cosmovisión que hace a nuestro hombre innatamente contemplativo y admirador de su naturaleza sin igual, son unas cuantas muestras del fondo característico de la espiritualidad colombiana, y que ofrecen una base humana sin par en el trabajo de fundamentar una verdadera espiritualidad cristiana, que tiene que contar, quiéralo o no, con el transfondo humano, histórico, social de quien está llamado a vivir a su modo la vida del Espíritu.

La espiritualidad y las espiritualidades

Durante el transcurso de los últimos años, particularmente en la primera mitad de este siglo XX, con el ingreso masivo a nuestro país de instituciones católicas (religiosos) o no católicas que tienen "espiritualidad propia", se ha visto frecuentemente el fenómeno de anunciar "caminos espirituales" con más bien poco éxito en cuanto a su asimilación. No es esta la ocasión de estudiar nl juzgar dichos fenómenos, pero si la de constatar que en muchas ocasiones se ha tratado simplemente de "nuevas importaciones" de elementos devocionales y espirituales, de sistemas de vida, en cuya introducción muchas veces se ha mirado más bien el modo de adaptar la vida de nuestra gente a la mentalidad y sistemas del lugar de origen de los predicadores que a buscar una encarnación de esos sistemas e ideales en el modo de ser de acá. El resultado ha sido poca asimilación y existencia efímera de ciertas devociones. No cito ninguna. Pero sí quiero invitar, antes de terminar este modesto ensayo, a cuantos quieren sembrar espiritualidades aquí o en otra parte, a que mediten profundamente en el misterio de la Encarnación y sigan el ejemplo de la Palabra Divina que se hizo carne y habitó entre nosotros, iniciando su morada concreta y real en Belén de Judá en los días del rey Herodes. Para que aprendan a colaborar en la encarnación del Mensaje dentro del lenguaje y vestido y modo de ser y orar de los lugares a donde se lleva, para que puedan entenderlo, similarlo, vivirlo y prolongarlo en el tiempo y el espacio.

CULTURA Y MISION

Pedro Arrupe S. J.

Cultura es en el hombre el Ideal de perfección humana a la que aspira en su integridad individual y social. Es el desarrollo armonioso de todo el hombre y de todo hombre.

La cultura no puede ser, ni lo fue nunca, el desarrollo separado de las facultades humanas. La cultura es en el hombre problema de totalidad, de crecimiento pleno de todo el hombre en cada hombre. Es tan complejo el ser humano que se peligra siempre descuidar alguno de sus elementos: es ciencia y arte, amor y acción, técnica y vida política; es también adoración y súplica, aspiración religiosa infinita y religión particular constituída.

Muchos han sido los tanteos y largo el peregrinar de la humanidad en busca de esa plenitud de cultura en los siglos pasados.

Empeñada hoy la humanidad en el conocimiento científico del mundo y de sí misma, se ha descentrado al mismo tiempo de Dios. Proceso ni repentino ni del todo consciente. Ha sido poco a poco como por una lenta desviación, muchas veces descrita en nuestros días, una religión del hombre ha venido a sustituir el ancestral sentido de Dios. El hombre ha perdido la referencia a su Centro y se ha puesto a dudar de que ese centro haya jamás existido o de que sea otra cosa para el hombre que el hombre mismo.

De ahí que los universos surgidos de su cultura, sean filosóficos, científicos o simplemente prácticos, le han parecido como otros tantos absolutos a quienes consagrarse. El arte por el arte, el saber como único valor, el amor como religión, el Estado como categoría suprema, el trabajo y pronto el poder técnico como demiurgo soberano (sin contar, en el saber mismo del hombre, las diferentes disciplinas que de la astrofísica a la etnología constituyen en el cielo de la cultura otras tantas constelaciones aisladas), todas las formas del saber o del poder suben del hombre como haces de fuego por los que explota su totalidad primera.

Al término desalentador de un proceso así, la cultura aparece como la brillante exploración de una nada que, por combinaciones improbables, se ha puesto momentáneamente a segregar ser..., y un sentimiento de absurdo invade la sabiduría misma.

Si este diagnóstico es exacto, la tarea primera de la cultura es la de reunificar al hombre por una nueva interpretación de su saber. Se podría hablar de un nuevo socratismo. Sin detener al hombre en su esfuerzo de crecimiento y de vida, sin suprimir ninguno de los sectores en que la ciencia progresa y se perfecciona, es preciso volver a hacer que escuche el hombre el oráculo viviente de Delfos. Este nuevo conocimiento necesario de sí mismo es lo que se llama, con una palabra hoy en boga, la antropología. Ella debe ser una enseñanza sobre el hombre en el mundo, de la que el mismo hombre sea el beneficiario y el tema viviente; una enseñanza que sea la iniciación al sentido que tiene el saber en la inagotable amplitud de su contenido.

La contribución cristiana a esta tarea no es secundaria o marginal sino central y salvífica.

En efecto, si el problema planteado por la cultura es el de una nueva integración de lo que es el hombre a través de lo que sabe y de lo que hace, ¿cómo podrá un cristiano pensar en resolverlo fuera de Cristo? Cristo, el Señor, es, en efecto, según todas las dimensiones interiores e históricas, espirituales y cósmicas, divinas y humanas, el Integrador divinizante del hombre y del mundo. El es el Unico "en el que todo se apoya"; El es el único que puede hacer que todo en el hombre tenga consistencia, sin que este hombre estalle por la presión de contenidos universales, a los cuales debe él abrirse en la cultura, sin que esta abertura traiga consigo una dislocación. Integral del mundo en el Poder de Dios y en la fidelidad plena a toda la humanidad, Cristo muerto y resucitado es la recapitulación acabada a la que todo hombre, por la cultura, está inconscientemente llamado.

El ideal de la cultura, en efecto, como ideal de integración humana es una de las formas posibles de preparación al Evangelio; la humanidad en su cultura tiende finalmente a algo más alto de adonde su propio poder le permite llegar. Solas las energías increadas de la Resurrección por encima de las posibilidades históricas del hombre pueden llegar a realizar en Cristo los planes culturales de nuestra humanidad. Creando en todo hombre una sed insaciable de totalidad la cultura es una de esas formas ocultas de la sed del Recapitulador mismo. No que Cristo quiera, pueda o deba nunca dispensar al hombre de su esfuerzo de integración humana; pero, Síntesis humano-divina, proféticamente anunciada, históricamente revelada, escatológicamente esperada, Cristo Recapitulador permite al hombre de la cultura no desfallecer en su diario esfuerzo hacia el todo.

Así el cristiano puede ofrecer la posibilidad de construir con elementos nuevos la vieja Universitas medioeval, dislocada desde el Renacimiento, y que era una síntesis de la cultura en la fe y por la fe. Es preciso reiniciar al hombre en el desarrollo armonioso de sí mismo, del que la Universitas era en otros tiempos norma y figura. Sólo la catolicidad dinámica de Cristo puede permitir que se vuelva a dar a la cultura, por encima de sus mitos o de sus angustias, la ambición integradora que debe ser, humanamente hablando, la suya.

De esa seguridad y de esa esperanza arranca, en este hoy de la historia, la **misión** y el esfuerzo de la iglesia por acercarse al hombre de hoy y al mundo de hoy, para ofrecer en el lenguaje propio del hombre y del mundo contemporáneos la plenitud de su mensaje; que, como los antiguos griegos en el silencio de sus aras, tanta parte de la humanidad está hoy dolorosa y ansiosamente esperando.

La relación entre la Iglesia y la cultura es, por lo tanto y ante todo **un hecho.** Cuando la Iglesia proclama el Evangelio, su palabra va a resonar en el interior de las conciencias que están formadas por determinada herencia cultural, por un concreto medio histórico... Sin dejar de ser, como lo anuncia San Pablo, "expresión de espíritu y de poder", la proclamación del Evangelio no puede prescindir de la cultura de aquellos a quienes se dirige, ya que el Evangelio debe ser entendido y lo será sólo en la medida en que pueda ir penetrando en todos los valores humanos, que se integran unos con otros para ir formando el cuadro cultural de cada época y de cada pueblo. Sin esa penetración, el Evangelio no llegará a ser recibido en plenitud. (Esta es la clave de muchos fracasos, incomprensiones y equívocos en la historia: S. Pablo en Atenas, la Iglesia ante la cultura Musulmana; y en nuestros días, el lenguaje de ciertos medios, en especial de los medios científicos).

En este hecho no ve sólo la Iglesia un requisito, al que sería preciso resignarse. Reconoce más bien en él una provechosa verdad, que es humana y evangélica a un mismo tiempo. El hombre que por medio de Cristo quiere ella salvar no es el individuo aislado o aislable, sino el miembro de una comunidad de hermanos que vive según una determinada escala de valores y aspira a un ideal de propia realización y equilibrio. Porque ama al hombre en la totalidad de su ser (y no tan sólo en una de sus partes, así llamada "espiritual"), la Iglesia ama también como el mismo amor las diversas culturas a través de las cuales vive el hombre en espera de Dios. Es preciso subrayarlo con claridad: la Iglesia no puede salvar a los hombres si no los salva en el medio y con el medio viviente que forma su cultura. En 1659 en el programa de acción entregado a los primeros Vicarios Apostólicos que embarcaban para China decía la Santa Sede: "No tengáis ningún afán ni persuadáis con ninguna razón a esos pueblos que cambien sus ritos y sus costumbres, con tal que no sean abiertamente contrarios a la Religión o a las buenas costumbres... ¿Habría cosa más absurda que el introducir en China a Francia, España, Italia o alguna otra nación de Europa? No introduzcáis estas naciones, sino introducid la fe, que no sólo no desprecia o hiere los ritos y costumbres de pueblo alguno, sino que quiere conservarlos en todo su vigor, siempre que no sean en sí reprobables..." (Collectanea S.C. de P.F., t. I, n. 135, p. 42).

No otro fue el espíritu y la antigua pedagogía de la Iglesia: el "omnia omnibus", todo a todos para ganarlos para Cristo, que era la divisa de Pablo de Tarso, la de De Nóbili en la India, de Ricci en China, de Adam Schall, de Verbiest, etc.

Es hoy más importante que nunca el repetirlo: la Iglesia siente la necesaria solidaridad entre el mensaje evangélico y el equilibrio cultural de los hombres a los que se dirige. Este es el motivo preciso de por qué, allí donde se encuentra en presencia de medios culturales deficientes o empobrecidos, se ha consagrado por siglos y se sigue consagrando la Iglesia espontáneamente a desarrollar los elementos humanos que, de hecho, habrán de permitir poco a poco la eclosión de una auténtica cultura. La Iglesia, así lo atestigua la historia, ha sido siempre al mismo tiempo que anunciadora del Evangelio **fermento de las culturas;** ella se ha interesado por "todo" el hombre: educación, arte, cambios sociales, concepción del amor o de la amistad, relfexiones del pensamiento puro... Basta recordar su papel específicamente cultural en el Occidente medioeval y el que actualmente realiza en numerosos países de misión. La Iglesia hace esto naturalmente, sin un peculiar espíritu de sistema, tan sólo porque así es necesario proceder para que el hombre pueda llegar a una plena y verdadera asimilación del mensaje evangélico, a su plena integración humana, es decir, en último término a su "salvación" (en sentido pleno, bíblico y humano).

Al mismo tiempo que colabora en el desarrollo de las culturas, la Iglesia **recibe de esas mismas culturas profundas enseñanzas:** la Iglesia aprende del hombre y del mundo a ser más ella misma.

Se ve en efecto llevada a reflexionar más hondamente en el mensaje evangélico que debe predicar y hacer escuchar, tributaria en esto del desarrollo de la conciencia del hobre a través de su historia. Cada cultura le presenta un interrogante, que será para ella ocasión de nuevos descubrimientos de su propia riqueza. Abundan los ejemplos: la cultura clásica greco-romana que ella ha sabido incorporar vertiendo en las corrientes del pensamiento del helenismo sus ideas nuevas sirviéndose de sus elementos para estructurar la teología cristiana trinitaria; el humanismo de los siglos XII y XIII en Occidente (pensamiento teológico de Santo Tomás ante las corrientes de su época, en especial ante la aristotélica; las nociones de "tolerancia", "libertad religiosa", etc., cuya evolución va respondiendo a una evolución de la conciencia humana.

Por otra parte, cada cultura tiene su modo de comprender y de acoger el mensaje cristiano y de hacer resaltar determinados aspectos. Así la Iglesia en China, en Filipinas, en Japón va adquiriendo contornos específicos bien determinados. Así en Occidente la presentación del mensaje cristiano ha obtenido su coloración propia para cada generación: así por ejemplo en los siglos XIV y XV, siglos de guerras y angustias, las representaciones del sufrimiento (Pietás, Danzas macabras...) han llevado a un profundizar más hondamente en el misterio de la Pasión, del sufrimiento de Cristo y de María.

Por la fuerza misma del Evangelio que predica, la Iglesia ayuda a **discernir** en las diversas culturas lo que las desarrolla y lo que las encierra en sí mismas, lo que es egoísmo y lo que es don. Ejerce de este modo el papel de verdadero "juicio" en sentido bíblico (que consiste en el discernimiento del bien y del mal) por la sola presentación del mensaje evangélico, del misterio del amor de Cristo, que obra en el corazón mismo del hombre y le permite "hacer la crítica" de los valores que estructuran su vida, para establecer entre ellos una sana jeraquía. Ante este enfrentamiento se van iluminando para encontrar la verdadera solución a tantos problemas humanos de las diversas culturas: poligamia, separación de castas, culto al cuerpo, etc.

En su universalidad la Iglesia encuentra culturas muy diversas. Esto es para ella ocasión de **desprenderse de formas y de expresiones** que un día ha podido inclinarse a creer definitivas y necesarias. El mensaje debe hacerse plenamente latino, plenamente oriental, plenamente chino o japonés, etc., sin que ninguna cultura tenga que imponerse a otra, ni aún para la presentación del Evangelio. Es evidente que determinadas culturas pueden ayudar un tiempo para la presentación del Evangelio, pero al fin cada cultura debe llegar a ser capaz de asimilarse todo el mensaje cristiano y de expresarlo según su propia visión. La Iglesia ha presentado diversas "expresiones" de sí misma en el curso de los siglos, en Oriente y en Occidente. Es por ilusión óptica que se la cree a veces ligada a la cultura de Occidente, que no era para ella sino un rostro temporal de cultura (con su valor, sin duda, pero también con sus limitaciones). En nuestros días el encuentro, y por decirlo así el chocarse brutal de las culturas evidencia más este hecho y lleva a la Iglesia a más profundas reflexiones. Reflexiones dolorosas a veces para ella: ¿cómo puede el apóstol del Evangelio hacerse "griego con los griegos", "chino con los chinos" sin mutilarse o sin una adaptación artificial?; ¿cómo puede la Iglesia, con su inevitable peso de instituciones, acoger sin estremecerse las exigencias de tan diversas culturas?; ¿cómo puede presentar el Evangelio sin hacer referencias a culturas pasadas, que en su momento le han permitido conocerse a sí misma y expresarse?... Preguntas frecuentemente dolorosas, pero saludables para la Iglesia, pues la conducen sin cesar a lo esencial, que es el mensaje de Cristo, viviente, ansioso de penetrar a través de todas las formas que puede presentar el desarrollo del hombre en la historia entera de la humanidad.

Estas reflexiones nos llevan a plantearnos dos series de problemas, entre muchas otras:

1. La primera nos la presenta el mundo contemporáneo. ¿Cuál es la "cultura" característica de nuestra civilización contemporánea, industrial, urbana, técnica, en la que los intercambios entre comunidades humanas causan rozamientos gracias a los cuales muchos valores van precisando su propia verdad, en la que el hombre parece más que nunca dueño de su destino (por su conocimiento de su origen biológico y de los medios para actuar sobre él, por el dominio de las fuerzas naturales, por el conocimiento de los condicionamientos psicológicos o colectivos)? La Iglesia no puede por todo lo dicho desinteresarse, bajo pretextos aparentemente "espirituales", de la transforma-

ción de la cultura que se opera bajo nuestros ojos, puesto que se trata para ella no solamente de la posibilidad de hacer escuchar el mensaje cristiano, sino de la autenticidad misma de su predicación.

2. El trabajo misional actual de la Iglesia determina la segunda. En efecto: la Iglesia encuentra simultáneamente culturas diversas. Ella tiene que guardar su unidad y adaptarse al mismo tiempo plenamente a las exigencias legítimas de cada cultura. Es decir, que debe aproximarse más a la universalidad sin dejar de ser "particular" a fin de que cada cultura encuentre en ella su propia fisonomía. Liturgia, canto religioso, precatequesis y catequesis, predicación, etc., que deben responder a los diversos tipos culturales, y llevar por todas partes el eterno e idéntico mensaje de salud.

Por otra parte, cada cultura aporta a la Iglesia su propia riqueza: ¿cómo podrá ella "integrarlas" todas al ritmo rápido que es necesario? La Iglesia acoge todos los valores culturales de nuestra generación, pero ella va necesariamente lenta en hacerlos plenamente suyos, porque, guardián de la integridad del misterio de Cristo, debe velar para que nada se pierda de lo que el mundo le aporta, ni nada se corrompa de lo que ella sabe ser necesario para su vida. La Iglesia se encuentra pues hoy, más que nunca antes, en actitud de discernimiento, y es por ésto por lo que importa estar atento a reconocer aquello que lleva la marca del Espíritu Santo.

RENOVACION EN EL ESPIRITU Y VIDA RELIGIOSA

Carlos G. Alvarez, CJM

Para todos nosotros es bien conocida la verdad de la gran renovación eclesial desatada con el Concilio Vaticano II y cómo desde que las ventanas de la vieja Iglesia se abrieron al mundo, nuevos vientos comenzaron a soplar dentro. Algunos un poco fuertes que bambolearon viejas estructuras carcomidas por los años, otros muy suaves que airearon el ambiente y dejaron que el sol calentara el interior. Vientos, de todas maneras, enviados por el Señor.

En su apertura a Dios y al mundo, la Iglesia volvió a descubrir que si algo esperaba de ella su Señor era que viviera en el mundo haciendo la historia, profundamente encarnada en los ambientes y en los hombres para poder llevarles a todos el Evangelio de la gracia (cf. Actos 20,24). La necesidad de encarnación como sacramento de Cristo promovió la reflexión cristológica, y la contemplación del misterio de Cristo despertó la acción comprometida de la comunidad en el mundo. Contemplación y acción; reflexión y praxis fueron haciéndose sentir como una gran necesidad de la Iglesia hoy.

Vino luego la Segunda Reunión del Episcopado Lationamericano en Medellín y con ella un compromiso: "No basta, por cierto, reflexionar, lograr mayor clarividencia y hablar; es menester obrar. No ha dejado de ser ésta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con dramática urgencia, la hora de la acción. Es el momento de Inventar, con imaginación creadora, la acción que corresponde realizar, que habrá de ser llevada a término con la audacia del Espíritu y el equilibrio de Dios". (Introducción, 3).

En búsqueda precisamente de la acción transformadora del creyente en latinoamérica surgió la teología de la liberación como un intento de "hacer" teología desde la base, desde la praxis de la liberación tan exigida por la situación en que nos hallamos. Diversamente enfocada, ignorada primera, duramente atacada por algunos teólogos de profesión, estudiada ahora con detenimiento, no podemos negar el aporte que a la acción eclesial está dando esta reflexión teológica.

Libros, revistas, conferencias, retiros, catequesis, reuniones de planeación... todo es hoy enfocado a la luz del compromiso liberador en América Latina. Las reuniones y publicaciones de la Clar, los aportes de la CRC en Colombia, los capítulos de las diferentes congregaciones e institutos religiosos... todo apunta hacia la necesidad de conocer profundamente la realidad sociopolítica del continente y a tener en ella un compromiso liberador.

No podemos negar en esto la acción poderosa del Espíritu del Señor que nos está haciendo "leer" un signo de salvación para responder a él con seriedad. Subyace, en el fondo, la necesidad de una teología elaborada en y para Latinoamérica, pero una teología en la que la Cristología y la Eclesiología están íntimamente ligadas entre sí. La experiencia que se tenga de Cristo marcará necesariamente la conciencia y la praxis de una Iglesia que camina en la hisoria y hace la historia.

Por eso resulta paradójico, por no decir escandaloso, en este contexto el surgimiento y el influjo cada vez mayor de una Renovación en el Espíritu Santo. (1). Por su origen, sus características y sus insistencias en algunos aspectos poco comunes, es normalmente mirada como opio e instrumento de los opresores para orientar la atención del pueblo hacia realidades menos históricas y adormecer la lucha por la liberación. Los que participan en ella son acríticos, ahistóricos, servidores de un sistema injusto que oprime y alienta.

Devolver burla con burla, agresión con agresión, nunca ha sido enseñanza del Evangelio. Por eso, me parece que no podemos pasar ahora a ridiculizar una corriente para presentar y alabar otra. El compromiso con el Evangelio no puede ser confundido con una competencia de vendedores de cosméticos. Considerar como opuestas y enemigas la Teología de la Liberación y la Renovación en el Espíritu es no sólo imprudente sino querer forzar la acción del Espíritu por un solo camino y de paso caer en la política del enemigo que divide para seguir dominando.

La teología de la liberación en América Latina es un signo claro del Espíritu y un regalo precioso del mismo, que debe ser leído y vivido por la Iglesia. La Renovación en el Espíritu es otro signo y otro carisma del Espíritu que debe ser acogido en la Iglesia para provecho común (cf. 1 Cor. 12,4-11).

El hecho de que esta Renovación haya surgido en la Iglesia Católica por influjo de la Iglesia Pentecostal Clásica y en Estados Unidos debe ser leído y entendido en un contexto mucho más amplio que el simple rechazo a lo americano por ser capitalista (2).

Hace algunos años, en la alocución del 29 de Noviembre de 1972, Pablo VI se preguntaba por la mayor necesidad en la Iglesia de hoy y contestaba:

"La Iglesia tiene necesidad de un Pentecostés permanente; tiene necesidad de fuego en el corazón, de palabras en los labios, de profecía en la mirada. La Iglesia tiene necesidad de ser templo del Espíritu Santo (cf. 1 Cor. 3, 16-17; 6,19; 2 Cor. 6,16), es decir, de limpieza total y de vida interior; tiene necesidad de volver a sentir dentro de sí... que sube de lo más profundo de su intimidad personal, como un gemido, una poesía, una oración, un himno, una voz orante del Espíritu, que, como nos enseña San Pablo, nos sustituye y ora en nosotros y por nosotros "con gemidos inefables", y que le interpreta el discurso que nosotros, a solas, no sabríamos dirigir a Dios (cf. Rom. 8,26-27). De esto tiene necesidad la Iglesia. Tiene necesidad del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros, y en todos nosotros juntos, en nosotros-Iglesia" (3).

La necesidad del Espíritu es radical para toda obra apostólica. No somos nosotros quienes transformamos el mundo y lo convertimos a Dios; no actuamos movidos por un poder humano o por razones simplemente históricas. El motivo profundo de nuestro compromiso es el Espíritu. Somos enviados por el Señor a predicar y dar

---

(1) No es éste el momento de hacer una presentación del origen y si se puede decir así, de la Teología de la Renovación en el Espíritu. La bibliografía es abundante y en casi todas las revistas importantes (Concilium, Vie Spirituelle, Selecciones de Teología, Nouvelle Revue de Thelogie, Lumiere et Vie, etc.) se ha dedicado un número a su estudio. Para una introducción rápida remitimos a: O'Connor E., "La Renovación Carismática en la Iglesia Católica". México (1973). Ranaghan, "Pentecostales católicos", Nueva York (1971).

(2) Cfr. Concilium 89 (1973) "Movimientos de despertar religioso".

(3) Alocución del 29 de Noviembre de 1972. En un folleto sencillo "Renovación", Bogotá (1975) se han publicado algunos discursos de Pablo VI sobre la Renovación. Véase éste en pag. 21-22.

signos pero con su poder y autoridad (Lucas 9, 1-2). Así como Jesús actuaba signos por el poder del Espíritu (Lc. 5,17), así nosotros necesitamos ese "poder para proclamar el Evangelio y acompañar con signos nuestra palabra. Este Poder es el Espíritu (Hechos 1,8) (4).

La acción del Espíritu preparó el seno de María y posibilitó la encarnación del Hijo en la historia humana (Lc. 1,26 ss.); la misma acción del Espíritu, está hoy recreando, animando, inundando de agua viva, reuniendo y dando carne a una humanidad seca (cf. Ez. 37) y sin sentido para que podamos encarnar en ella la presencia liberadora de Jesús, Señor y Salvador.

Frutos de esta presencia siempre nueva del Espíritu en su Iglesia y expresión de esta Renovación son las siguientes notas, expuestas por Pablo VI:

—El gusto por una oración profunda, personal y comunitaria.
—Un retorno a la contemplación y un énfasis puesto en la alabanza de Dios.
—El deseo de entregarse totalmente a Cristo.
—Una gran disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.
—Una frecuentación más asidua de la Escritura.
—Una amplia abnegación fraterna.
—La voluntad de prestar una colaboración a los servicios de la Iglesia (5).

Es por esto que vemos importante atender la acción del Espíritu. Después del fracaso de Jesús, fue preciso Pentecostés para hacer un mundo nuevo con la predicación y el testimonio de las comunidades cristianas. En esta situación de alienación y explotación que sufrimos necesitamos un nuevo Pentecostés que fortifique y nos haga actuar con valentía (Hechos 4,23 ss.) en la edificación de un mundo nuevo.

Los grupos de oración se están extendiendo por todo el país en forma vertiginosa, motivados a menudo por laicos sin experiencia que se sienten llenos del Espíritu. Es un ejército de hermanos que seguramente nosotros no convocamos y que llegan a nosotros deseosos de trabajar. No podemos devolverlos con las manos vacías y frustrar su interés por el Evangelio. ¿Por qué no acogerlos, compartir con ellos y orientarlos?

Si algo está faltando hoy a numerosos grupos es una dirección seria y fundamentada que a menudo sólo podremos dar los sacerdotes y religiosos. El Espíritu nos tomó por sorpresa y nos está entregando centenares de laicos deseosos de conocer y amar a Jesús pero también valientes y disponibles para proclamarlo por todas partes. ¿Le devolvemos su regalo o nos enfrentamos con gozo a la tarea de evangelización?

Muchas comunidades religiosas se están renovando con la acción del Espíritu, están volviendo a compartir la vida y la oración, están creando situaciones nuevas de fraternidad y compromiso, están sintiéndose pequeñas para acoger a muchos jóvenes que tocan a sus puertas y quieren predicar el Evangelio.

El Espíritu está irrumpiendo en muchos moldes de vida religiosa que no responden hoy a la realidad y que preferimos mantener por apego al pasado. ¿Pondremos

---

(4) Cf. Vergote A. "El Espíritu como poder de salvación y de salud espiritual"; "Concilium, Número especial (1974) 153-166.

(5) Audiencia del10 de Octubre de 1973. Cfr. "Renovación", 1. c. pg. 1.

barreras al Espíritu? ¿O dejaremos, en oración y discernimiento, que El actúe y nos guíe hacia un compromiso eficaz en el mundo?

Atentos a la acción y a los signos del Espíritu, los religiosos deben acoger hoy la Renovación en el Espíritu no tanto como un método más de catequesis (muy efectivo por cierto) sino como un llamado a renovar la propia vida espiritual por la total disponibilidad a Dios, la alabanza, la alegría, el contacto con la Palabra y sobre todo la presencia poderosa del Espíritu en la acción apostólica. Esta presencia se manifiesta en signos, en carismas, en testimonio de poder. Sólo al oír y ver nuestro testimonio creerán los hombres en el Evangelio y se constituirán comunidades cristianas (Cfr. Hechos 8,4-8).

El bautismo en el Espíritu Santo (6), como despertar y disponibiildad a la acción del Espíritu recibido en el bautismo y la confirmación, es una experiencia sencilla pero maravillosa. Suplicado y recibido sea a solas o en grupo, mediante la imposición de manos de los hermanos o por acción directa del Señor, inunda a la persona de gozo y una paz que solamente Dios puede dar. Se discierne no tanto por sensaciones externas sino por los fruos del Espíritu en la vida diaria: amor, alegría y paz; paciencia, afabilidad y bondad; fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (Gálatas 5,22-23). Vivido en comunidades religiosas renueva de tal manera la vida personal que la fraternidad se hace riqueza y testimonio.

La alabanza en la oración y la alabanza continua es otro de los aspectos ricos de la Renovación. Durante años, los maestros espirituales y responsables de la formación lucharon por crear en los religiosos una vida de oración intensa que orientara todo el compromiso apostólico. Gracias a la Renovación en el Espíritu se redescubre no sólo el sentido sino el gozo de la alabanza y el canto permanentes. La oración se hace una vida y la vida una oración. La invitación de Pablo en Colosenses 3,16: "Eujaristoi gineste" es una experiencia y todo nuestro actuar y pensar se hace acción de gracias y eucaristía al Padre por Cristo en el Espíritu.

El testimonio de los laicos en este sentido es admirable: no han hecho noviciado ni han estudiado ascética y mística, pero con la participación en la Renovación adquieren y viven una experiencia de Dios tan maravillosa que para nosotros pasa a ser una exigencia. En este contexto se entienden las lenguas como oración y canto de liberación (7). Nos resistimos de tal manera a comprenderlas que sólo hasta tener la experiencia de ellas comprendemos el gozo y la paz que se adquieren al ejercitarlas. La oración se libera, la palabra del corazón se convierte en "gemidos inefables" (Rm. 8,26-27) dichos con amor y entendidos sólo por el Señor, pero es la vida misma la que gana en fecundidad pues hay como consecuencia una mayor seriedad y un mayor empuje (= Poder, fuerza de Dios) en el compromiso apostólico.

Por último, el despertar de los carismas enriquece de forma impresionante la vida diaria (8). Remitidos casi a un estudio de anticuarios en teología, los carismas vuelven hoy a tomar su puesto en la Iglesia (L.G. 12). Como iglesia del Espíritu la comunidad no puede dejar de ser carismática en todo tiempo. Por supuesto que los carismas, por ser históricos no se reducen a los narrados por Pablo en 1 Cor. 12-14 y

---

(6) Cfr. Lauretin "Pentecotisme chez les catholiques". Beauchesne, Paris (1974) 31-56. "Orientaciones teológicas y pastorales de la renovación carismática católica" Puerto Rico (1974) 36-41.

(7) Cfr. Tugwell "Le don des langues dans le Noveau Testament": "La Vie Spirituelle". (Enero-Febrero 1974) 63-72.

(8) Cfr. Jeanne D'Arc "Panorama des charismes": "La Vie Spirituelle (1974) 503-521.

trabajo nuestro es saber detectarlos en nosotros, en los hermanos y en las comunidades para que presten el servicio al que están llamados (1 Pet. 4,10). Es éste uno de los regalos más importantes de la Renovación y en la vida religiosa abre muchas perspectivas no sólo a nivel personal sino comunitario. Porque el religioso llega a descubrir en su vida unos carismas que se convierten, de parte de Dios en vocación al servicio de los hermanos. Y se da el caso de que comunidades enteras vivan una experiencia comunitaria nueva de fraternidad, oración y trabajo apostólico en un medio concreto como carisma del Espíritu para testimonio y servicio de la Iglesia.

Estamos, pues, hoy ante un reto. Y este artículo quiere ser la invitación a los religiosos para tomar una actitud de apertura sana y crítica ante un nuevo tipo de presencia del Espíritu en la Iglesia (9), nuevo signo de los tiempos leído y legible en la medida en que la disponibilidad a la acción del Señor sea nuestra norma y oriente nuestra vida.

---

(9) Acaba de publicarse un libro de 170 páginas titulado: "Obispos y carismas, Colección Espíritu Nº 2, El Minuto de Dios (1976) con todas las declaraciones de los obispos del mundo sobre la Renovación. Recomendamos su lectura.

OBSERVACIONES SOBRE LA CLAUSURA

Hipólito Larracoechea, O.C.D.

1º—No hay que confundir la vida religiosa puramente contemplativa con la clausura. Ni tampoco la vida claustral con la clausura. Claustralidad es común a todos los religiosos y religiosas y aún a los institutos asimilados a los religiosos (Inst. seculares, socledades de vida común. Can. 679).

2º—Tampoco hay que atenerse al derecho preconciliar. De hecho, aunque el Concilio Vaticano II tenga presente la legislación tanto postridentina como de "Inter Cetera" y "Sponsa Christi", sin embargo consagra una nueva mentalidad. Así está el Decreto "PERFECTAE CARITATIS". Veamos cómo define la clausura:

"La clausura papal permanecerá en su firmeza para las monjas de vida contemplativa, **pero se acomodará a las condiciones de los tiempos y lugares y se suprimirán aquellas costumbres que ya son obsoletas, luego de oír el paracer de los mismos monasterios".** (n 16).

Además traslada a los obispos la facultad de juzgar sobre las causas de salir las monjas de la clausura y dar los permisos oportunos.

3º—También el Concilio ha canonizado el derecho natural de la mujer, conquistado después de largas luchas en el mundo civil, consistente en la paridad jurídica y social con el hombre. Ahora bien, al canonizar esta igualdad, no se ve cómo mantenerse bajo pena de excomunión una descriminación tan odiosa en la forma de la clausura de las monjas.

El voto de castidad es común a todos los religiosos y a todas las religiosas. ¿Por qué había de partir del principio tan ofensivo a la dignidad de las monjas, como es el presumir siempre que ellas sean incapaces de mantenerse castas si no se les impide físicamente violar su consagración virginal al Señor?

Si no es precisamente la defensa de la castidad lo que justifica la forma de clausura exclusiva de las monjas, sino la protección de su vida contemplativa, flor que sólo brota en el silencio y en la soledad, nos viene a la mente una observación:

Admitido que la vida contemplativa necesita de silencio y de soledad, y por tanto de una cierta clausura, entonces ¿por qué tanta distinción entre monjes y monjas, como por ejemplo, cartujos que también están dedicados a la vida puramente contemplativa?

La ley postridentina sobre la clausura de las monjas, las supone moralmente menores de edad, incapaces de resistir normalmente a las tentaciones tanto de la lujuria como de la curiosidad. Por eso les impone una legislación **muy especial** y muy restrictiva de su libertad.

4º—La prueba que se suele aducir de la vida y doctrina de Santa Teresa sobre la clausura, no es concluyente. La Santa aplicó la ley tal como fue prescrita en el Concilio Tridentino y por San Pío V. Nada más. Tanto las rejas como el uso de la escucha durante las visitas al locutorio estaban impuestas por la ley canónica. El rigor sustancial de la nueva ley era justo, y ciertamente recibido (acogido) bien por la Santa. Pero ciertos rigores de la forma, eran fruto connatural de la exageración inevitable en una reacción contra abusos. La Santa obedeció, pero no aprobaba todos los rigores.

Acerca de la prohibición absoluta de salir de clausura, fuera del caso de inminente peligro de la vida de toda la comunidad, salvo el permiso del Papa, prohibición recordada a la Santa por su Padre General, ella manifiesta su pensamiento personal a la Madre María de San José, Priora de Sevilla, en la carta que le escribió el 26 de enero de 1577 en esta forma categórica: "Y también se ha visto acá el mandato que me trajeron del General cuando ahí estuve; y no solo quita el salir yo, sino a todas las monjas, que ni podrían mandarlas a ser prioras, ni salir de casa". Era esto precisamente lo que ordenaba la Constitución **Decori** de S.S. Pío V; y nada más: Oigamos el comentario de la Santa: **"Y es una gran destrucción"** (carta 166 en la edición del P. Silverio).

5º—En la ley de la clausura conviene distinguir bien lo esencial de lo accidental. El objeto esencial de la clausura es favorecer la oración y conservación de la soledad y del silencio evitando las cosas que distraen el alma del pensamiento de Dios sin motivo justificado. Como quiera que la consagración total al servicio de Dios es propia de la misma vida religiosa, toda forma de vida religiosa exige de por si una determinada clausura. La forma de vida totalmente contemplativa, sin ningún servicio exterior, naturalmente exige y admite una forma rigurosa. Sin embargo, algunas exageraciones de alguna persona especial no pueden proponerse como ejemplo de imitación común... Tal el caso de la vida de San Simeón Estilita, o el de los monjes encarcelados descritos por San Juan Clímaco. Así mismo ciertas exageraciones de la forma práctica de la clausura de las monjas durante los primeros fervores de la reforma postridentina tampoco deben imponerse a todos. Por ejemplo, la interposición de una lámina de hierro entre las dos rejas del locutorio. Aún aquella ley apostólica que ordenaba que si las religiosas cantaban en la Iglesia, en su coro, lo hicieran de tal modo que no pudieran ser vistas por los fieles presentes en la Iglesia, tienen sabor de un fariseismo insoportable.

6º—En toda ley hay que distinguir dos elementos: 1º el alma, el espíritu, la razón-motivo de la ley; y 2º la materia, o sea la acción material y jurídica prescrita. Lo segundo sin lo primero es fariseísmo, musulmanismo. Y el principio también vale para la ley de la clausura monacal. Tener las puertas y las ventanas bien cerradas y el locutorio bien provisto de doble o triple reja regular, y aún las monjas bien escondidas bajo su velo, no bastan, si a pesar de ello en el locutorio o en el confesionario pasan horas y horas charlando, disipándose, perdiendo tiempo.

Como las fuerzas humanas son limitadas, aún las morales, el excesivo esfuerzo en la observancia material trae el peligro de sacrificar la parte espiritual. Se por conocimiento personal el caso de monjas con clausura perfecta, que pasan todo el día charlando con personas de afuera. Por eso desconfío mucho del lirismo de las alabanzas cantadas por los extraños en honor de la idea abstracta, del heroísmo de las prisioneras del amor divino. Muchas veces son alabanzas cantadas con muy cruel ironía por el verdugo en honor de sus víctimas. La firma de rigurosa prisión propia de los monasterios de monjas, ha sido impuesto por la autoridad eclesiástica a pesar de las resistencias de no pocas monjas. Y el motivo primario de semejante legislación fue ciertamente la guarda del voto de castidad. Basta leer los motivos expresamente invocados

por el legislador en la misma ley. Las odas compuestas más tarde no bastan para ocultar la verdad primitiva. Por eso bien vale esta argumentación. Si las monjas necesitan de tantas defensas externas para observar su voto de castidad, eso quiere decir que se les considera de una sensualidad anormal, y, también de una voluntad anormalmente débil..

Algunas observaciones particulares

1º—No es cierto que la "Lumen Gentium" dé preeminencia a la forma de vida religiosa que imita a Cristo orante en el monte; ni siquiera en el decreto "Perfectae Caritatis" n. 7 se afirma que las religiosas puramente contemplativas imiten más perfectamente la vida de Cristo. El Concilio no ha querido hacer comparaciones entre las diversas formas canónicas de vida religiosa.

3º—La profesión de la virginidad como tal, sí viene desde el principio del cristianismo, como S. Pablo y otros; pero la profesión de vida separada y toda consagrada, aún externamente al Señor, no parece haber existido hasta la segunda mitad del siglo III o principios del IV. Y entonces también los siglos eran de 100 años.

4º—Se discute sobre el autor de la vida de San Antonio, atribuída a S. Atanasio En verdad, durante la vida de S. Antonio no existían aún verdaderos monasterios. El Santo fue anacoreta y también sus inmediatos discípulos. La vida religiosa fue fundada por S. Pacomio.

5º—En las Reglas de los Monjes **(Regulae Monachorum)** se hallan algunas que prohiben la entrada de extraños al monasterio de sexo distinto.

6º—La clausura de las monjas, es sustancialmente anterior a Santa Clara. Esta le dio una forma mucho más rígida conforme a sus obras de fundadora de una Orden particularmente rigurosa.

7º—Hay que evitar la identificación de dos cosas esencialmente diferentes: la vida contemplativa, y la ley postridentina de la clausura de las monjas. No todas las alabanzas de la vida contemplativa deben aplicarse sin más a esta clausura concreta.

8º—El voto de castidad es común a toda vida religiosa; ¿quién puede probar que las monjas requieren una protección tan esencial?

9º—"Pureza virginal, característica de la claustral" es una expresión falsa. No es propia de las claustrales, sino común a todos los religiosos y a todas las religiosas. ¿Por qué decir inexactitudes para sostener una tesis? Yo me pregunto: si la profesión pública y material de la castidad virginal es tan preciosa a la Iglesia, ¿por qué los legisladores eclesiásticos no la han prescrito en igual forma a los monjes de vida puramente contemplativa? ¿Acaso porque están persuadidos de la inutilidad de tal ley?

10º—Carece de sólido fundamento la afirmación sobre la legitimidad de diversas formas de clausura que debe observarse entre las mismas monjas contemplativas. No tiene sentido decir que las Carmelitas y las Clarisas deben tenerla más rigurosa que las benedictinas. ¿Acaso ellas contemplan a un Dios diverso? Y la oración litúrgica, ¿es o no oración? La historia de la ley canónica sobre la clausura de las monjas prueba que fue uniforme desde el Concilio Tridentino en adelante. Santa Teresa no hizo más que aplicarla fielmente a sus monasterios, se lamenta más de las charlas interminables en el locutorio del Monasterio que de las salidas de la clausura.

Resultados de una Pequeña Encuesta sobre Capítulos Generales

Presentamos aquí un resumen de las respuestas a tres preguntas propuestas por la USG (Unión de Superiores Generales), promotora de un sondeo entre 19 Ordenes religiosas que recientemente habían celebrado su Capítulo General.

Contestaron a las mismas 11 Superiores Generales —los de los Jesuítas, Franciscanos, Cistercienses, San Cruz, Misioneros de la Consolata, Misioneros del Sagrado Corazón, Oblatos de María Inmaculada, Lazaristas, Asuncionistas, Sacramentinos, Congregación del Espíritu Santo—.

1ª PREGUNTA:

Después de los capítulos "especiales" de puesta al día, ¿cuáles son las características de los capítulos que se celebran actualmente?

1º— Una valoración en profundidad de los resultados del Capítulo Especial

2º—Una orientación más bien práctica que teórica.

3º—Una más entera participación y una mayor posibilidad de participación de todos los miembros del Instituto.

4º—Procedimientos más eficaces y acordes con las exigencias actuales.

5º—Se da una mayor importancia a las obras del Instituto y más particularmente a las opciones apostólicas en relación con las necesidades del mundo y de la Iglesia.

6º—Un mayor interés porque los decretos se cumplan y, consiguientemente, un mecanismo más eficiente para llevarlos a la práctica.

7º—Se comprueba que el optimismo de que se ha dado muestras en efectuar cambios en la estructura tradicional de la vida religiosa requiere ciertas premisas y que estas premisas deben adquirise mediante un trabajo comprometido. Los capítulos actuales reflexionan sobre el examen de estas premisas y sobre los medios para realizarlas.

8º—Una cierta desilusión respecto de recientes experiencias, una cierta desorientación respecto de los valores fundamentales de la vida religiosa, una búsqueda de orientación teológica para la vida religiosa en todos los problemas que se ponen. Una cierta insatisfacción respecto de las experiencias de los últimos años, y, consiguientemente, una cierta insatisfacción respecto de lo que el Capítulo General ha logrado realizar, de donde se sigue una cierta desconfianza no solamente respecto del Capítulo mismo, sino también respecto de otras formas de consulta que se han multiplicado en los últimos años.

9º—Elementos positivos: se constata un nuevo aprecio de la oración, de la dirección por parte de los Superiores, un deseo de poseer certezas como base para

ulteriores decisiones, se vuelve a pensar más seriamente sobre la formación de los candidatos y sobre el reclutamiento vocacional. En una palabra, se revalorizan los medios tradicionales de la vida espiritual.

10º—Una tendencia a mantener lo que se ha hecho hasta hoy, aún en materias que deberían ser sometidas a revisión. Y esto por un cierto temor, por una cierta falta de apertura.

11º—Se nota un cierto cansancio: "¡No perdamos nuestro tiempo!".

12º—Intensificar la dimensión espiritual: se atiende más al contenido que a las estructuras.

13º—Se advierte que los textos jurídicos no son adecuados, no se ve cómo animar el Instituto en su conjunto a partir del nivel del Capítulo General.

14º—Se desea que el Capítulo sea una experiencia vivida de oración y de vida comunitaria.

15º—Se desea elegir un General y unos Consejeros que formen un "equipo" coordenado y complementario, cuya misión principal sea la de animación.

16º—La elección de un tema particular para el Capítulo, por ejemplo, la evangelización, tema que se proseguirá después del Capítulo por todo el Instituto, con la ayuda, por ejemplo, de un documento de acción y con la animación contínua del Consejo General.

17º—Elaboración de un proyecto común que todos deberán aceptar, proyecto adaptado a las situaciones concretas.

18º—Constitución de una Comisión preparatoria para valorar los resultados del Capítulo Especial y para proponer objetivos y métodos de trabajo para el próximo Capítulo General. Lo que debe hacerse mediante la ayuda de cuestionarios enviados a los Provinciales y a sus respectivos Consejos.

19º—Revisión de las nuevas Constituciones, pero solamente respecto de los puntos que necesariamente deben ser sometidos a revisión.

20º—Prolongación de la fase experimental de las Constituciones cuando es necesario.

21º—Valoración del desarrollo social, cultural y eclesiástico de los países en los que trabaja el Instituto.

22º—Limitar la agenda del Capítulo a algunos puntos, pero analizándolos en profundidad.

23º—Una ocasión para entrecambiar las experiencias apostólicas y para fomentar la amistad internacional.

24º—Sensación de transición:
—entre el Capítulo Especial y el que hará las nuevas Constituciones definitivas;
—entre los Capítulos generales clásicos de otro tiempo y una nueva forma del Capítulo General que corresponda al estilo de una vida religiosa verdaderamente renovada.

25º—Desinterés de la base; se interesa más por el Capítulo provincial, al que se reservan muchas cuestiones.

2ª PREGUNTA:

¿Cuál es hoy la finalidad de un Capítulo General?

1º—Valorar la situación actual del Instituto y corregir las desviaciones, aunque dando siempre impulso a los aspectos positivos. Esta valoración debe hacerse a la luz del Evangelio, del Espíritu del Fundador, de las Constituciones, del programa de vida establecido con antelación, de la enseñanza de la Iglesia y de los signos de los tiempos; y todo esto en una prospectiva de futuro.

2º—Definir los diversos servicios que el Instituto debe ofrecer a la Iglesia, permaneciendo fiel a su carisma característico.

3º—Determinar las opciones principales y las orientacione del Instituto respecto de estas opciones.

4º—Estudiar la legislación referente a la formación de los jóvenes en el Instituto, de manera que tienda a adaptar su formación a las necesidades que nacen de sus prioridades apostólicas.

5º—Acentuar los aspectos positivos que son actualmente más que suficientes para ser optimistas: optimismo más realista del que reinaba en los Capítulos especiales.

6º—Menor importancia a las estructuras y a la legislación; mayor importancia a los elementos teológicos y espirituales de base.

7º—Animar, alentar, dirigir todo el Instituto tanto con el ejemplo viviente de los Capitulares reunidos, como con sus documentos y declaraciones.

8º—El trabajo del Capítulo debe dirigirse al Instituto **en su conjunto,** para mantener la unidad y la identidad en medio a una grande descentralización. Tomar conciencia de esta unidad en la diversidad: promover la unidad para salvaguardar la diversidad, y promover la diversidad para salvaguardar la unidad.

9º—Hacer del Capítulo una "cita con el Espíritu Santo", mediante la conversión y mediante una llamada urgente a la renovación de la vida.

10º—Analizar la realidad social y eclesial que exige una solución urgente, y en particular darse cuenta de las situaciones que prevalecen en los países en los que el Instituto está comprometido.

11º—Limitar la agenda del Capítulo a algunos puntos de interés particular y estudiarlos en profundidad.

12º—Una amplia participación de la base en la celebración del Capítulo.

13º—Implicar el mayor número posible de miembros en la preparación del Capítulo mediante estudios, cuestionarios, encuestas, reduciendo el "secreto" y procurándoles las informaciones disponibles.

14º—Una búsqueda en común para reafirmar los objetivos.

15º—Tratar de lograr una actitud común ante los problemas importantes que se ponen a la Congregación o Instituto en el mundo actual.

3ª PREGUNTA:

¿Otras observaciones?

1º—Se advierte la necesidad de intensificar la atmósfera espiritual del Capítulo para buscar la voluntad de Dios y para evitar toda forma de presión, de propaganda, o de politización. El Capítulo debe ser el lugar del discernimiento comunitario.

2º—Se advierte la necesidad de normas concretas, aunque suficientemente generales para que puedan ser aplicadas a todo el Instituto y para admitir un pluralismo legítimo: los resultados serán valorados eventualmente después.

3º—Prestar más atención a la preocupación principal del futuro: el problema de las vocaciones.

4º—Dar prioridad a la promoción de una verdadera fraternidad.

5º—Se observa la necesidad de encontrar la función efectiva del Capítulo general después de la descentralización y del pluralismo. Sería necesario además volver a determinar las relaciones entre las Provincias y la Curia generalicia, sin perder de vista la consistencia y la eficiencia; en este campo la respuesta habrá de encontrarse sin duda orientándose hacia la animación, la coordinación y la información.

6º—Es muy importante la metodología del Capítulo.

(Algunas respuestas llegaron después de la compilación de este documento, como las de los PP. Combonianos y las de los PP. Blancos).

A la 1ª Pregunta:

1º—Puesta a punto de problemas particulares referentes a las misiones en sus respectivas situaciones eclesiales y sociales.

2º—Preparación de documentos particulares: a) valoración del camino hecho por la Congregación durante el último sesenio; b) declaraciones que puntualizan problemas particulares: el hermano misionero, los misioneros laicos, promoción vocacional...

3º—Un alcance más modesto respecto del Capítulo precedente.

4º—Concretar realmente las grandes líneas determinadas por el Capítulo precedente.

5º—Acento sobre el aspecto espiritual y evangélico.

6º—Tensión (no superada en profundidad) entre dos tendencias:

a)—Volver hacia atrás determinando normas precisas;

b)—continuar caminando hacia adelante, aunque intensificando el esfuerzo por una mayor responsabilidad personal y comunitaria.

A la 2ª Pregunta:

1º—Puesta al día continua de los decretos capitulares en orden a las Constituciones.

2º—Programación: búsqueda de coordinación entre las exigencias pastorales, disponibilidad del personal, necesidad de la formación y de la animación.

A la 3ª Pregunta:

1º—Interés general de los temas que han de tratarse, evitando implicar el Capítulo en polémicas y discusiones sobre personas o casos de interés local.

2º—Ante todo, preocupaciones pastorales —hoy la pastoral depende de las iglesias locales (sobre todo en los países de misión).

3º—Un cierto desaliento en el campo apostólico (en las misiones).

4º—Como consecuencia, una tendencia a ocuparse más de la vida comunitaria.

5º—Preocupación porque existan comunidades en las que las relaciones humanas sean buenas, aún con menoscabo del apostolado.

6º—Importancia de las Provincias que tienden a convertirse en fin de sí mismas.

DON HELDER CAMARA A LA CLAR EN EL SEMINARIO CON SUPERIORES GENERALES (1)

1. ¿Quién sabe si estará sonando la hora de Dios para nuestro Continente?

Impresiona ver, en el Evangelio, la paciencia y el cuidado de Cristo para esperar Su hora, la hora marcada por el Padre y a la que, en modo alguno, quería faltar. Ni anticiparse, ni atrasarse: vivir, en plenitud, la voluntad del Padre.

Mas Cristo sabía discernir, con seguridad. Su hora. ¡Hay de nosotros que, muchas veces, tanteamos en la oscuridad y quedamos perplejos al no saber si las alarmas que suenan, si las llamadas que oímos, son fruto de la fantasía —nuestra o de falsos profetas—, o si el mensaje viene del Señor..!

Juntos, en la humildad y en la oración, nos será menos difícil distinguir si, de hecho, está sonando la hora de Dios, para nuestro Continente.

2. Os digo, con simplicidad y confianza, lo que siento y presiento.

2.1. La pobreza que Dios nos pide, aquí y ahora.

A cada uno de nosotros y a nuestras familias religiosas, Dios nos pide, no la pobreza de nuestra elección, sino la Pobreza que —El lo sabe—, nos conviene y de la cual necesitamos en el lugar y en el tiempo en que la Providencia nos permite vivir y trabajar.

Claro que la pobreza tiene notas esenciales. Las mismas ayer, hoy, siempre: aquí, allí o en cualquier rincón. Pero el Señor sabe qué aspectos de la Pobreza acentuar, según los signos de los tiempos y las circunstancias personales. Sin juzgar, porque no podemos juzgar, y todavía menos, sin juzgar el pasado con la visión presente, reconozcamos que los hombres de Iglesia, en nuestro Continente, de tal modo nos preocupábamos en mantener la Autoridad y el Orden Social, que en general, ni siquiera percibíamos:

—Las terribles injusticias que se escondían (y se esconden) detrás del así llamado "orden social", y que es, más que nada, un desorden estratificado;

—que era excesivamente pasivo el Cristianismo que presentábamos: paciencia, obediencia, aceptación de los sufrimientos —grandes virtudes, pero que, en el contexto, contribuían a que grupos privilegiados mantuviesen millares y millones de conciudadanos en situación infrahumana. En Medellín, la Jerarquía Latinoamericana denunció esta situación, rotulándola de Colonialismo interno.

Con las mejores intenciones hemos servido de soporte a este Colonialismo y tenemos nuestra parte de responsabilidad en el escándolo anticristiano de que más de dos tercios de nuestra población se encuentren en nivel muy por debajo de la dignidad de hombres.

(1) 6 Septiembre de 1975.

¡Claro que los Poderosos y los Gobiernos apreciaban mucho a una Iglesia que apoyaba este cuadro social que tanto les convenía!

Frente a una realidad, cada vez más grave, y frente a las exigencias de justicia, cada día más urgentes, por parte de las Encíclicas desde León XIII hasta Paulo VI, y de las conclusiones del Vaticano II y de Medellín, se sintió la imperiosa necesidad de denunciar el pseudo-orden social y las gravísimas injusticias que esconde...

A partir de ahí y cuando la Iglesia comienza a fomentar la promoción humana de las masas mantenidas en la miseria y en el hambre, desaparecen la admiración y el respeto que la rodeaban; empieza a ser juzgada como fuera de su terreno, como inmiscuyéndose en política, promoviendo la subversión haciendo juego al Comunismo...

Aceptar esta pérdida de prestigio, con todas las consecuencias de disminución en las subvenciones oficiales y en las ayudas particulares; aceptar el distanciamiento de las autoridades y de los poderosos; aceptar sufrir por amor a la justicia el juicio de abandonar la evangelización y de apoyar y sustentar la agitación y el terrorismo;

—He ahí la Pobreza que, si no me engaño, es la Pobreza que Dios pide a la Iglesia de Cristo que se encuentra en la América Latina de las décadas del 70 y del 80.

Discutir si debemos o no mantener Escuelas, trabajar en Hospitales, mantener Orfanatos —perdónenme— pero parece secundario frente a la opción fundamental: Si clamamos por la justicia; si decimos, en nombre del Evangelio, que no es posible que también en nuestro Continente cristiano, una minoría privilegiada se vuelva cada vez más rica y las grandes masas del Continente se proletaricen cada vez más, entonces los poderosos se encargarán de cerrar nuestras escuelas o de vaciarlas, y de apartarnos, como agitadores, rosados o rojos, de la sociedad elitista que ellos controlan.

¡Qué privilegio poder, de repente por designio de Dios, vivir, en plenitud, el voto de Pobreza que ni siquiera sabíamos apenas cómo vivir; pobreza como pérdida de status, de prestigio, de fuerza, y, consecuentemente, pérdida de dinero y expulsión práctica del ámbito de los ricos..!

2.2 La fraternidad que el Señor espera de nosotros.

¡Religiosos y Religiosas de América Latina! Dios os llama a vivir, en Cristo, una fraternidad mucho más amplia y más profunda que el simple entendimiento fraterno entre miembros de la misma familia religiosa.

En la hora en que seglares, religiosos, sacerdotes u Obispos están sufriendo, evangélicamente, por amor a la justicia, imaginad el inmenso apoyo moral que supondría la solidaridad fraterna de las Religiosas y los Religiosos de todo el Continente que se adelantasen para decir: ¿Subversivos? ¡No! ¿Agitadores? ¡No! ¿Comunistas? ¡No! ¿Traidores al Evengelio? ¡No! ¡Están viviendo el Cristianismo como Cristo espera que sea vivido en esta hora y en nuestro Continente!

La providencia de la carne dirá:

—Pero, ¿quién sabe? ¡Tal vez sean, realmente, agitadores, subversivos y comunistas! ¿Hay una infiltración marxista dentro de los cuadros católicos? ¿Hay o no hay elementos de los nuestros, comprometidos con la violencia armada y con la guerrilla? ¿La lucha de clases no es hoy aceptada, entendida y vivida por numerosos crstianos?

En la medida en que el CELAM y la CLAR se uniesen para denunciar, sin odio, pero con firmeza, el colonialismo interno: en la medida en que el CELAM y la CLAR se uniesen en la opción por los pobres y oprimidos del continente; en la medida en que, viviendo e induciendo a vivir Medellín, promoviesen la educación liberadora, en esa misma medida ningún cristiano o grupo de cristianos sentirá necesidad de buscar inspiración y apoyo fuera del Evangelio, fuera de Jesucristo.

La fraternidad que más agrada a Cristo es hermanarnos con los pobres que, en las ciudades que crecen, están siendo expulsados del medio rural para la implantación de modernos proyectos agro-industriales o pecuarios en gran escala. Feliz la familia religiosa con miembros viviendo en medio de los pobres, participando de su suerte, siendo expulsados como ellos sin privilegio alguno!

Nos podríamos preguntar si esta fraternidad no debe pagar un precio muy alto. Nos podríamos preguntar si la fraternidad con los pobres y con los que se hermanan con ellos, nos trae, como consecuencia, el desentendimiento con los ricos y, poco a poco, inclusive, el odio contra ellos.

Evidentemente existe el peligro de que, al trabajar con obreros, se acabe odiando a los patronos, y de que, al trabajar con los pobres, se acabe odiando a los ricos. Si el Espíritu de Medellín es bien comprendido y vivido, la denuncia de las injusticias será hecho sin odio.

Ser amigo, ser humano, no significa cerrar los ojos a errores y abusos.

Parece imposible la conversión de la estructura opresora. Pero, dentro de ella, hay margen para conversiones personales. Estas sólo serán posibles en la medida en que se den claras llamadas de alerta y denuncias en la línea de lo que dijo Cristo sobre el peligro de las riquezas.

2.3 El estará con nosotros.

Seremos felices, en cada uno de nosotros y en nuestra familia religiosa, si se realiza lo que dijo Cristo en la Sinagoga al abrir el libro de Isaías, que respecto a El, se realizaba plenamente en aquel instante:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres, me envió a predicar a los cautivos la liberación, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos... Me envió para anunciar un año de gracia del Señor". (Lc. 4,18-19).

Cuando en la oración, sobre todo en común, nos tornamos más uno con Cristo; cuando la unidad en Cristo se profundiza en la Celebración Eucaristía, las mayores dificultades, las mayores pruebas se tornan más fáciles para ser enfrentadas y vividas.

Por un lado, nos damos en préstamo a Cristo: El ve por nuestros ojos, escucha por nuestros oídos, habla por nuestros labios, camina por nuestros pies, actúa por nuestras manos... Si nos ayudamos mutuamente para que la rutina no estrague el ejercicio permanente de nuestra unidad en Cristo, podemos terminar diciendo como San Pablo: "Ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mí".

Por otro lado, descubrimos, con Cristo y en Cristo, siempre más, a Cristo en nuestro prójimo, sobre todo en el pobre, en el oprimido, en el hermano que necesita ayuda para la propia liberación.

¡No estaremos solos! Cristo estará con nosotros en Cristo, cuando intentemos vivir los grandes misterios que El inició, y cuya continuación y coronamiento confía a nuestra debilidad. A nosotros, Pueblo de Dios, nos cabe la responsabilidad de prolongar la Encarnación, siendo presencia viva de Cristo e injertado, en el espacio y en el tiempo, la Iglesia viva y eterna del Maestro. A nosotros, Pueblo de Dios, nos cabe la responsabilidad de continuar la liberación iniciada por el Redentor: liberación del pecado individual y del pecado colectivo, liberación del egoísmo y de las consecuencias del egoísmo...

En la hora en que, también para nosotros, el Sacrificio Eucarístico, iniciado en la Cena, tendrá que prolongarse y consumarse en el Calvario, de ningún modo estaremos solos, más que nunca podremos decir al Padre: "De corazón contrito y humilde seamos, Señor, acogidos por vos, y sea nuestro sacrificio ofrecido de tal modo que Os agrade, Señor, Dios nuestro". El padre entenderá, plenamente, que al hablar de nuestro sacrificio, estamos pensando en la responsabilidad y en la gloria de poder llevar nuestra gota de agua hasta el Cáliz de la Ofrenda!

La comunidad, como cosa distinta de la vida en común, se basa en una búsqueda y en una experiencia del amor cristiano como ágape. Presupone decisión de promover el respeto hacia la persona a través de las relaciones interpersonales, así como una comunicación efectiva. El paso a la comunidad ha traído consigo una renovada estima de la vida religiosa como pequeña iglesia. En una comunidad de fe y amor, las religiosas han de ser a la Iglesia lo que ésta ha de ser al mundo "(LG 31)... La capacidad de las religiosas para hacer frente al problema de su propia conciencia de Iglesia... podría constituir la mejor forma de valorar los últimos diez años y el planteamiento más seguro para el porvenir de la vida religiosa en la Iglesia".

(A. Cunningham, **Renovación y conciencia de la Iglesia**, en Concilium 97 (Jul-Ag. 1974) 136-137).

UN PENSAMIENTO DEL P. CONGAR

Un compromiso efectivo contra la miseria y la condición Infrahumana de los pobres a escala mundial, exige de los cristianos que revisen su visión de las cosas, critiquen con lucidez y valentía muchas ideas que pasan por tradicionales y acepten de antemano una revisión de la situación privilegiada de que gozan, revisión que les conduzca a una desposesión efectiva y a un empobrecimiento reales. Las transformaciones necesarias pueden realizarse, repetimos una vez más, violentamente por medio de una revolución de tipo comunista que lleve a cabo una ruptura total, con todas las destrucciones que implica.

¿Pueden estas transformaciones llevarse a cabo por medio de una transformación progresiva? Un economista cree poder observar que "nunca se ha visto en la historia occidental que una nación o una clase, cualquiera que sea el régimen social, haya consentido disminuir su nivel material de vida para socorrer las miserias más urgentes" (M.F. Perroux). Es verdad que los Papas, los teólogos, los economistas cristianos, las semanas sociales, han dicho muy bien todo lo que podía y debía decirse sobre la finalidad de la riqueza puesta al servicio del hombre. La constitción pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy repite vigorosamente sus afirmaciones y las de toda la tradición sobre la finalidad humana y fraternal del trabajo y de toda posesión (GS 63-72). ¿Qué será necesario para que esta doctrina se convierta en hecho? En primer lugar, unos medios técnicos, también en el plano de los estudios económicos; una crítica menos tímida de nuestra situación actual, por no decir del "orden establecido"; no poca imaginación y audacia, sin que las personas comprometidas, se vean cohibidas por el temor a ser desautorizadas, a convertirse en sospechosas, a ser encarceladas o condenadas, o simplemente, a ser tenidas al margen de la masa conformista, que recibe toda la aprobación y la confianza... Hemos llegado a un momento en el que a los cristianos se les ha lanzado un verdadero désafío, al que no podrán responder más que pasando a poner en práctica sus propios principios.

Y. M. CONGAR, **A mis Hermanos**, Salamanca, Sígueme, 1969, p. 143-144.

COLECCION "CLAR"

Con gusto ofrecemos a las Comunidades Religiosas los siguientes títulos de la Colección "CLAR" sobre los más importantes aspectos de la Vida Religiosa en América Latina:

9. Vida Religiosa en el Mundo Secularizado — Impacto.

10. Vida Religiosa en el Mundo Secularizado — Incidencias.
J. M. Guerrero, S.J.
J. M. R. Tillard, O.P.

12. Exhortación Apostólica de S.S. Paulo VI sobre la Renovación de la Vida Religiosa según las enseñanzas del Concilio.

13. La Religiosa hoy, en América Latina. CLAR.

14. La Vida según el Espíritu en las Comunidades Religiosas de América Latina. CLAR.

15. Vida Religiosa y Situaciones Históricas.
Eduardo Cárdenas, S.J.

16. Teología Bautismal y Vida Religiosa.
Carlos Palmés, S.J. (2ª edición).

17. Vida Religiosa y Vocación Bautismal.
Gerardo Pennock, Cssr.

18. Vida Religiosa y Secularización.
Leonardo Boff, O.F.M.

19. Vida Religiosa y Testimonio Público — Joao Batlsta Libanio, S.J.

20. Vida Religiosa en América Latina. Sus grandes líneas de búsqueda.
Equipo Teólogos CLAR.

21. Nuevas Perspectivas de la Vida Religiosa en América, Estados Unidos, Canadá, Lationamérica. Segunda Reunión Interamericana de Religiosos.

22. Pobreza, Obediencia y Realización personal en la Vida Religiosa.
Leonardo Boff, O.F.M.

23. El Religioso Educador. CLAR.

24. Tendencias proféticas de la Vida Religiosa en América Latina.
Equipo Teólogos, CLAR.

25. El Destino del Hombre y del Mundo.
Leonardo Boff, O.F.M.

26. La Experiencia de Dios.
Leonardo Boff, O.F.M.

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
Calle 71 Nº 11-14 — Apdo. Aéreo 52332 — Tels.: 49 52 14 — 35 88 84 — 35 93 16
Bogotá, D. E., — Colombia

CASETES - CRC

COLECCION "VIDA RELIGIOSA HOY"

Los grandes temas de la Vida Religiosa al alcance de todos

La serie de conferencias **"Vida Religiosa Hoy"**, se irá refiriendo progresivamente a los aspectos de mayor inquietud e interés en el momento actual. Es un servicio que ofrece la **Conferencia de Religiosos de Colombia** para beneficiar al mayor número de personas que por razones de trabajo o de lejanía de centros urbanos, no tienen ocasión de escuchar directamente temas especializados sobre la Vida Religiosa.

TITULOS ACTUALES

N° 1: "La dimensión de la fe en la vocación humana".
P. Jesús Andrés Vela

N° 2: "Seguimiento de Cristo".
P. Javier Osuna

N° 3: "Interpelación de la juventud a la Vida Religiosa".
P. Carlos Palmés

N° 4: "El papel de la religiosa en América Latina".
P. Carlos Palmés

N° 5: "Opción Religiosa desde los pobres".
P. Alvaro Panqueva

N° 6: "El Religioso testigo hoy".
P. Federico Carrasquilla

N° 7: "Teología de la liberación".
P. Segundo Galilea

N° 8: "Un Dios para los hombres".
P. Alberto Parra

N° 9: "Espiritualidad religiosa en el exilio".
P. Camilo Maccise

N° 10: "Vida Religiosa y esperanza".
P. Camilo Maccise

N° 11: "El hombre en la perspectiva de Dios".
P. Alberto Parra

N° 12° "La experiencia de Dios".
P. Carlos Palmés

PEDIDOS A: Conferencia de Religiosos de Colombia
Calle 71 N° 11-14, Bogotá
Precio unitario: $ 100.00

La edición es restringida y es recomendable que los interesados hagan con tiempo sus pedidos.

For use in Library only
Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8752

For use in Library only